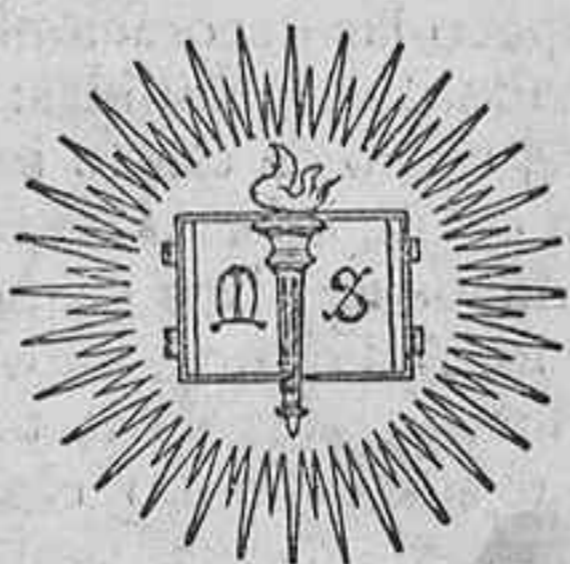


La Ilustracion Artística



AÑO XXXI

BARCELONA 26 DE FEBRERO DE 1912

NÚM. 1.574



LOS PRIMEROS PASOS, cuadro de Enrique Guinier

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La oruga de Celito*, por Julio Hoyos. — *La señorita Ronsay y sus danzas*. — *Curiosas formaciones de hielo*. — *Guerra italo-turca*. — *El Carnaval en Madrid, Barcelona y Valencia*. — *El doctor Lister*. — *El general Langlois*. — *Monumento á Mouillard*. — *Antonio Sala*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Asamblea de la Unión de Viticultores*. — *La Real Sociedad Filarmónica Cordobesa*.

Grabados.—*Los primeros pasos*, cuadro de Enrique Guinier. — Dibujo de Carreres, que ilustra el cuento *La oruga de Celito*. — *La señorita Ronsay*. — *Formaciones de hielo en el lago Michigan*. — *Guerra italo turca* (cinco fotografías). — *El Carnaval en Madrid, Barcelona y Valencia* (catorce fotografías). — *En el bar*, dibujo de Vicente Carreres. — *Después de Carnaval*, cuadro de Gastón Bouy. — *El general francés Langlois*. — *El eminente cirujano inglés doctor José Lister*. — *El notable violoncelista catalán Antonio Sala*. — *Monumento erigido en Heliópolis (Egipto) a la memoria de L. P. Mouillard*. — *Barcelona. Asamblea de la Unión de Viticultores. Llegada de un tren de congresistas*. — *Solemne sesión inaugural en el «Palau de la Música Catalana»*. — *Banquete de 800 cubiertos celebrado en el Palacio de Bellas Artes*. — *La estudiantina de la Real Sociedad Filarmónica Cordobesa*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay horas en que nos acomete el desaliento, al advertir que nos encontramos en completa desconformidad con el gusto del público, y ni aun nos queda el recurso de decirlo; no sabemos qué fórmula adoptar. Preferimos callarnos, a sufrir las consecuencias de una sinceridad que nadie agradecería, y además nos colocaría en situación muy desairada.

Verbigracia... y téngase entendido que no es más que poner ejemplos: Supóngase que se abre una Exposición, y en ella vemos la decadencia del arte nacional, en lugar de ver su resurgimiento y su vigor; que se publica un libro, y en él encontramos un testimonio de la decadencia de un ingenio; que se estrena una obra teatral, y nos parece detestable, no sólo en sí, sino por la tendencia estética que la informa; y todo esto que sentimos, lo sienten con nosotros los que nos hablan, los que concurren a la misma Exposición o al propio teatro, los que han leído el mismo volumen. Pero, al día siguiente, en la prensa, se proclama todo lo contrario de lo que la opinión verbal os ha hecho entender, y por lo mismo que, si escribieseis lo que pensáis, no pasaría inadvertido, veis desde luego lo que vendría en pos de la expresión franca y leal de vuestras ideas. Veis la odiosa interpretación, la más antipática, la de envidia y ruindad, que se apresurará a dar a vuestra actitud, aunque no lo creyese en el fondo de su conciencia; veis la odiosidad que sobre vosotros recaería; y sobre todo, veis la inutilidad del esfuerzo; la imposibilidad de que una sola persona, un solo crítico, gué y rectifique a un público distraído y enfermo de indiferencia y de frivolidad; lo estéril del sacrificio os arredra, porque los mártires cristianos probablemente no hubiesen bajado a la arena del Circo si no creyese que su sangre había de dar fruto... y toméis el partido de guardar el silencio más profundo y más elocuente, porque ¡cuántas revelaciones no encierra el silencio! El silencio es crítica... sobre todo el silencio de personas como yo, que están deseando echar las campanas a vuelo así que aparece en el horizonte un resplandor, una chispa de luz, algo que sea una esperanza y signo para el porvenir.

Sébase, pues, que cuando hablo de algo, es porque creo que lo merece. Y así debo hablar del drama de D. Juan Arzadún, estrenado en el Teatro Español, y titulado *Fin de condena*.

No ha tenido este drama ni gran resonancia, ni éxito superior, aparentemente, a los demás que vienen desfilar por nuestros escenarios. Yo no asistí al estreno, por imposibilidad material, porque las noches aquí están de antemano repartidas. Me quedé el deseo de ver la obra; un deseo que se fundaba en la seguridad de que Arzadún no es un cualquiera. Conocía de Arzadún los versos, y la fama de hombre cultísimo, sabio en lo técnico de su profesión, que es la militar en el arma de Artillería. Todo esto no es incompatible, sin embargo, con escribir un drama endeble. Es en balde decir que cuando una persona de altura acomete una empresa, cualquiera que sea, hay que suponer que algo interesante encerrará la tentativa. No; un hombre de gran valer puede equivocarse, pero tenemos el deber de oírle, y de oírle con respeto. Todo esto entendía yo que correspondía hacer con Arzadún, por mucho que hubiese podido errar. Y, además, me parecía entreleer en los diarios que la obra era superior a lo que de ella se decía (así como otras veces, entre líneas, notamos cuán inferior es lo ensalzando a los términos en que lo ensalzan).

Y, apenas pude, vi la obra de Arzadún. ¡En ella, no son ciertamente elementos de éxito los trajes! Pasa la acción en un presidio, y de presidiarios visitan los actores. Las dos únicas mujeres que un momento cruzan por la escena, llevan el apagado uniforme de la clase media humilde, el gabancillo de paño, el boa de gato rubio, la mantillita rojiza de puro usada. Tampoco las decoraciones, muy exactas y reales, tienen nada de espléndidas: son grises, de una fealdad pobre, como en efecto serían en el penal. Y no hay un chiste de esos de tirabuzón, ni se emplea ninguno de los recursos más habituales y de más probado efecto. Así es que, para todo empresario que conozca los secretos de la taquilla, la obra debía ser altamente sospechosa, rechazable...

Desde las primeras escenas, sentí la impresión que causan las cosas reales, vistas a través de una cierta poesía que no se fabrica caprichosamente en la fantasía del autor, sino que brota espontánea de las condiciones del ambiente—por poco poético que parezca el de un presidio.—Ya esto es una sorpresa: nos figurábamos que en las prisiones no podían crecer flores; y he aquí que, como en la *Picciola*, de Saintine, entre las grietas de la *casa muerta* surge la florecilla, que nos habla de todo lo ideal. Allí hay amor, ¡y cuán noble y sincero! Por otra parte, la *casa muerta* vive. Vive hasta con una vida intensa, llena de savia y de vigor. Es un microcosmos, rebosante de energía, bajo el aspecto mate y ahogado que tiene visto desde afuera.

En cierta ocasión he de decir que en cualquier colectividad humana—sea convento, sea fábrica de tabacos, sea presidio,—hay tantas novelas y dramas como seres. La vida, en sí, es dramática, cuando no es trágica, y la vida no desaparece al modificarse sus habituales condiciones, al suprimirse la más humana acaso: ¡la libertad! Dijérase que el instinto de independencia, comprimido en el presidio, es el que se exalta y produce esos conflictos que tan de relieve nos muestra el drama de Arzadún. A ese recinto sombrío, lleva el hombre todas sus pasiones, todos sus afectos, todas sus vanidades, todas sus miserias! ¡Y es ese hervidero de sentimientos, ese relieve de los caracteres, lo que presta interés al drama, y no permite que un momento dejemos de estar dentro de él, porque todo aquello es carne de verdad!

Con motivo de este drama se habló mucho de Máximo Gorki, de sus exhombres, de sus bajos fondos. Pero no sé si se habrá observado que el personal de Gorki es tan profundamente eslavo, como el de Arzadún ibérico y meridional. Signo característico de la raza, falta la humildad rusa, y sobra y está en vela siempre, dando á los caracteres una especie de dignidad feroz, la bravura del honor... ¡El honor en un presidio! se dirá. El honor, sí, sobre todo en un presidio... En un presidio español, naturalmente. El honor es relativo a los que nos rodean, a la opinión que de nosotros forman nuestros semejantes: Robinson, en su isla desierta, podría tener virtudes, pero no necesitaba ni podía tener honor... Y el punto de honra se pone en carne viva en el presidiario, por lo mismo que no tiene otro público, otras relaciones de hombre a hombre, sino las que lleva con sus compañeros de cadena. En el mundo de los que no han sido penados, la honra consiste en aparecer acatando ciertos preceptos morales; no así en el presidio: allí la honra está cifrada en la guapeza, en el valor temerario, en la bravuconería, en ser o el más astuto o el más desalmado de todos. El timador tiene una superioridad, el matón, otra, mayor y más reconocida; y esa categoría en el delito y en el crimen, no la cambiarían por ninguna. El valentón es el rey del presidiario. He aquí el abismo que separa a los místicos criminales de Gorki y Dostoyevsky de los presidiarios, tan hispánicos, de Arzadún.

El protagonista—admirablemente desempeñado por Borrás—es un delincuente ocasional: en un momento dado, en reyertas electorales, acosado por sus adversarios, barrió a trabucos una calle, y su trabuco hizo puntería. Próximo á cumplir su condena, deseoso de volver a la paz de su hogar, cuenta los días que le faltan, y, temeroso de cometer cualquier transgresión que le sepulte otros años o la vida entera en el penal, decide «no meterse con nadie»; no mostrarse agresivo, quimerista ni pendericero. Erigido antes, por su valor y su energía, en «amo» del presidio, respetábanle sus compañeros supersticiosamente, y le llamaban con veneración «señor alcalde»; pero, apenas notan que rehuye cuestiones, que su actitud es la de un hombre voluntariamente inofensivo, llámanle «alcalde» a secas, caen sobre él, hostigándole, pinchándole, insultándole, hiriéndole en lo más vivo de sus sentimientos y de su alma. A esta infernal tarea los empuja un degenerado repugnante, el Nene, tipo en que Puga hace una creación, y que, protegido antes por el alcalde, que le encuentra pa-

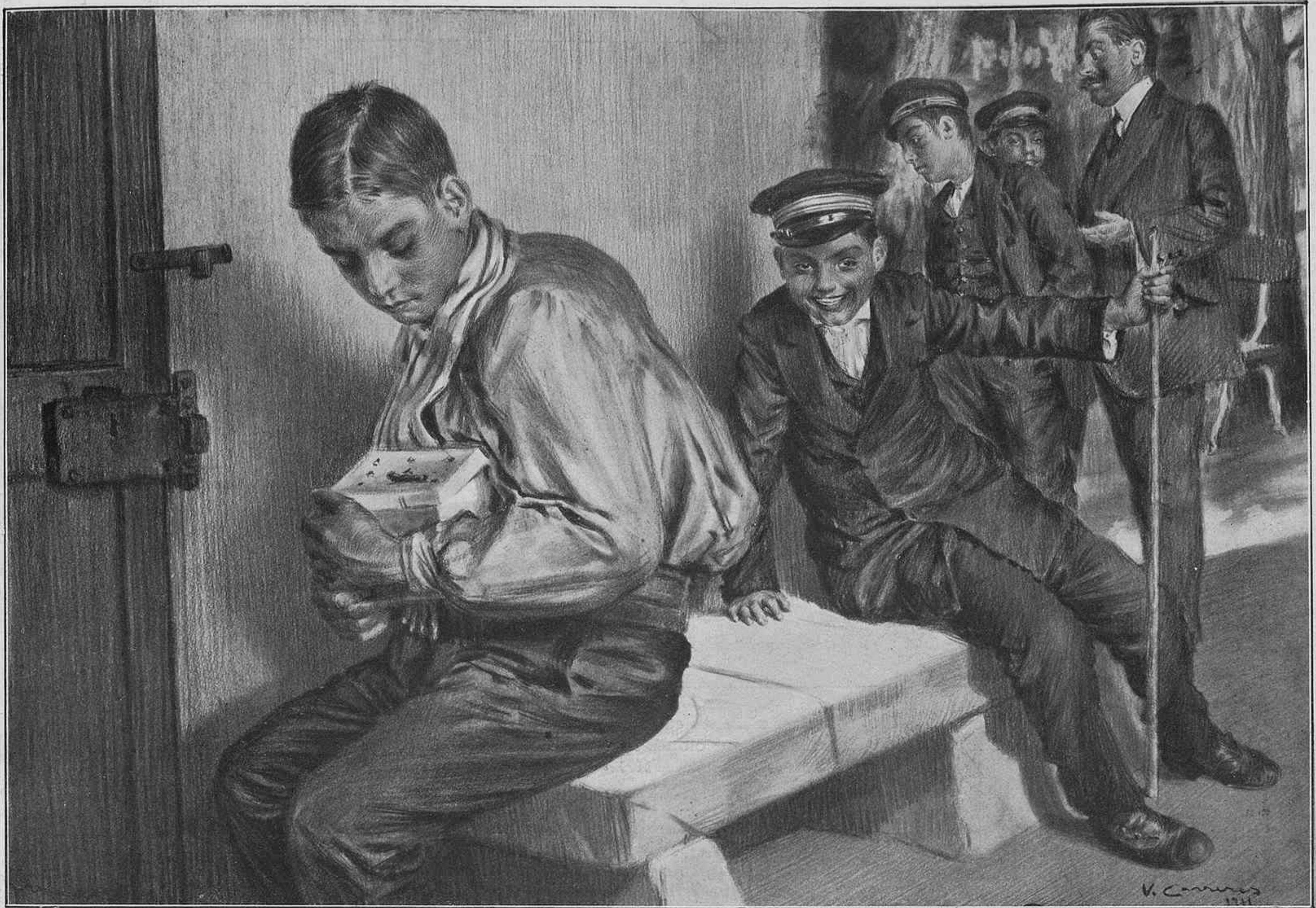
recido con un hijo suyo que ha muerto, ahora se complace en escupir sobre su agradecimiento y en incitar con sus burlas infames al vilipendio del que los hizo temblar un día. Y el alcalde bebe la hiel, sufre, pide compasión, procura ir a la enfermería, donde se vea libre de sus perseguidores; contiene los impulsos de su genio arrebatado, ejercita la paciencia, sorbe la humillación—aconsejado por el capellán de la cárcel, que le ha mostrado sus propias penas para consolarle y fortalecerle.—Pero la mofa y el escarnio le persiguen, hasta en la misma enfermería donde ha buscado refugio. Primero, le han acusado de un delito, un timo en que no tuvo parte alguna; se han conjurado para delatarlo a la justicia, porque quieren que no salga del penal, mientras ellos se quedan... Es preciso que aparezca culpable de algo, para que, al cumplirse la condena, no se le abran las puertas, no vuelva a su pueblo, a los brazos de su mujer... Y la maquinación inicua, viene a referírsela, sardónico, el Nene, aquel malvado burlón, que, fingiéndose lazarillo, despeñó a un ciego, por burla; y le anuncia que, gracias a la maquinación de sus compañeros, le esperan tres años más de condena, con lo que venga después: no se reintegrará a su hogar, no disfrutará de las caricias de su esposa, no reingresarán en la comunión de las gentes de bien, a que pertenecía antes de su crimen... Y ante tal maldad, cometida por el mismo a quien protegió, a quien llamó hijo, la indignación puede más que las resoluciones, más que todo, y echando las manos crispadas al cuello del Nene, el alcalde le ahoga... Ya está consumado su destino: presidio toda la vida: y un grito fiero se exhala de su garganta: «¡El presidio vuelve a tener amor! ¡Soy otra vez el señor alcalde!» En su inmensa desventura, es el consuelo orgulloso que le queda: ¡ahora verán los aterrados compañeros que D. Juan es siempre D. Juan, y no hay nada que le espante!

Sin poderlo remediar, y sin buscar semejanzas materiales, que no existen, ni menos entrar en comparaciones, los nombres de las obras dramáticas donde se estudian los ejemplares típicos de la raza acuden a mi memoria. Me acuerdo de D. Juan... sin que el alcalde se parezca al burlador, sino en la violenta recalce de la individualidad contra la sociedad entera; y me acuerdo de D. Alvaro, sin que el Inca se asemeje al alcalde en otra cosa que en hallarse perseguido y empujado por la fatalidad, a pesar de todos sus esfuerzos para resistir. Como el Inca, el alcalde no quiere verter sangre, no quiere sino amar, vivir honradamente; pero el *fátum* ha decretado que matará, y mata, mal de su grado, al recibir una y otra vez el bofetón del insulto, al ser tachado de cobarde. Desde el primer acto sabemos que el alcalde tendrá que matar, aunque no sepamos a quién, si al Fachenda o a algún otro jaque de los que esperan que él renuncie a cortar el bacalao para empezar a cortarlos ellos, o si al miserable, su antiguo protegido; a la víbora que en su seno agasajó. Que ha de llegar el momento trágico, es seguro; todo conspira para ello, todo le incita, y en balde trata de templarse para resistir con el amor de la esposa, o la fe de cristiano, esos asideros del alma. Son, como para D. Alvaro, tan terribles los impulsos, que arrollarán al mísero, y le harán dar el salto del precipicio; la fuerza del sino podrá más que la voluntad...

De este drama cree la gente, que será triste, gris, llorón, porque pasa en un presidio; y es error: en el drama de Arzadún, como en la vida, hay elementos cómicos de buena ley. Las escenas en que se prepara el timo, son francamente divertidas, y están dentro de esa vena picaresca que corrió tan largamente por nuestra novela y nuestro teatro, y que encontramos igualmente en varias escenas de *D. Alvaro* y *D. Juan*. Siempre que se traduzca fielmente la realidad, en cualquier medio que sea, surgirá lo cómico; lo cómico natural, no lo rebuscado y conceptual, y frío, y deplorable del chiste teatral al uso.

De todo lo dicho se deducirá que el primer drama de Arzadún me ha agradado, y no sólo, como decirse suele, «porque da esperanzas» sino de otra manera. Benavente, que, dando un excelente ejemplo de gracia y de buen gusto, habló de él con elogio, encuentra allí inexperiencia. Yo no sé qué se entienda por experiencia en estas cosas, y si lo entendiese, añadiría que la experiencia no es don que yo estime mucho. Lo fresco, lo espontáneo, son lo mejor, en arte. Y siendo así que el teatro cambia de generación a generación, y aun a veces se vuelca el saco, y remanecen modas de cincuenta años atrás, no creo en moldes, en cánones ni en fórmulas. En esto me siento anarquista, o mejor dicho, creo en una sola cosa: en la verdad humana.

LA ORUGA DE CELITO, POR JULIO HOYOS, dibujo de Carreres



Todos los días limpiaba la acartonada prisión y sacaba al insecto

En aquel colegio todos éramos huérfanos; nuestros tutores pagaban la pensión estipulada y allí nos educaban los maestros. Esta era la costumbre por la que el colegio se regía; pero una vez fué adulterada la costumbre en gracia a una triste desgracia, y el director aceptó a un niño que no supimos nunca de dónde venía, pero sí que era tan pobre que no tenía nada ni nadie que le amparase.

Para vergüenza nuestra he de confesar que le miramos todos con hostilidad. Nos desagradaba su mísero trajecillo, su gesto retraído y tristón y su figura, muy desmedrada y con una protuberante giba en la espalda. Por si todo esto no fuese bastante, nos le aisló más aun el hecho de que allí teníamos todos nuestros juguetes, que cambiábamos o nos cedíamos con gran complacencia, haciéndonos la ambiciosa ilusión de que podíamos disponer de todos ellos, y con el jorobadito nada podíamos cambiar porque nada tenía.

A pesar de ser tan chicos, ya discurríamos que el que nada aportaba a la república infantil, más pronto nos quitaría que nos daría, y le hicimos el vacío como si ya fuésemos unos envilecidos hombres.

¡Cuántas veces hubo de reconvénirnos el director por la conducta egoísta que observábamos!

—A Celito le habéis de mirar como a los demás.

Pero nosotros, ¡que si quieres! Le llamábamos Celito, como el director, para abreviar el nombre de Celestino que le pusieron; ¿pero tratarle como el director?, nadie.

En el patio y en el jardín, a las horas de recreo, se le veía solo al jorobadito. Tal vez hubiésemos llegado a compadecernos, validos de nuestra absoluta superioridad, pero lo impidió el hecho de que en una cosa nos aventajase y nos postergase a todos: en el estudio. Tenía Celito una inteligencia tan clara y un amor tan grande al estudio, que se puso a la cabeza de la clase y no hubo ya quien le pudiese echar de aquel puesto envidiado.

¡Ah!, pero en el gimnasio nos vengábamos bien. ¡Qué manera de hacer flexiones en el trapecio y en las paralelas, qué resistencia para las pesas, qué incansables en las barras!..

Y el jorobadito, nada; nos miraba tristemente desde un rincón de la sala. Había probado un día en las paralelas y le acometió una tos horrible; el director le prohibió hacer gimnasia. Nos reímos mucho, con una crueldad tan irreflexiva e inhumana, que fuimos causa de que Celito llorase. El director nos lo afeó mucho, y como notase nuestra animadversión contra el jorobadito, se dedicó a ponérselos como ejemplo para todo. Cuando alguno no se sabía la lección, el director le decía:

—Aprenda usted de Celito.

Cuando alguno cometía una imprudencia, lo mismo, y Celito vino a ser nuestra sombra, nuestro enemigo, aunque procurábamos disimularlo.

Pero hubo un detalle en el que nadie disimuló; veréis: En el colegio había un número de plazas fijas, y cuando fué admitido Celito estaban todas cubiertas. En la sala donde estaban las camas se hizo un hueco para la suya; en el refectorio nos estrechamos un poco para que el jorobadito cupiese; en la clase, ¡oh!, en la clase todos sobrábamos menos él... Pero lo que no pudo confiárselo fué el árbol.

Desde que se fundó el colegio había en el jardín el mismo número de árboles que de plazas. Los plantaron los primeros colegiales y los demás seguían cuidando de ellos. Cuando las plazas no estaban cubiertas, sobraban árboles; cuando lo estaban, como en aquella ocasión, cada colegial teníamos nuestro correspondiente árbol, del cual cuidábamos con la esperanza de cambiarnos los frutos y ponernos hartos de tan dulce glotonería.

Para Celito no hubo árbol. Cuando nos veía revolver con las palas sacando la tierra de los alcorques para que el agua se estancase bien, el jorobadito se ponía muy triste. Recuerdo la mirada de aquellos pobres ojos azules extasiada en nuestra alegría. Y él sin saber qué hacer, sin tener en aquellas horas en qué ocupar su tiempo... Oía al director que nos animaba diciendo:

—Ya veremos en la primavera quién le ha cuidado mejor; ya veremos qué árbol echa más flores, y el que tenga más flores tendrá más fruto.

Y Celito, ¿qué iba a tener Celito para la primave-

ra? ¡Como no fuera aquel gusano que guardaba en una caja de sobres!

¿Un gusano? Sí, el pobre jorobadito, no sabiendo de qué cuidar, cuidaba de un gusano. Era una oruga que se encontró una tarde al pie de nuestros árboles. La íbamos a aplastar con los pies cuando él se interpuso y la salvó. El director salió en su defensa. ¿No teníamos nuestros árboles? Pues bueno que dejásemos a Celito con su oruga.

Desde entonces la guardaba dentro de una caja de sobres, en cuya tapa había practicado algunos agujeros y por allí le echaba hojas frescas. Todos los días limpiaba la acartonada prisión y sacaba al insecto para que se arrastrase un poco bajo el sol; cuando nos retirábamos guardaba la caja en un hueco ruinoso del muro.

Al despuntar la primavera Celito dejó de bajar al jardín, y al patio, y a la clase. ¡Qué perversos éramos! Todos nos alegramos; ya no nos estorbaría en nuestros juegos, ni sería el primero de la clase, ni cuidaría de su repugnante gusano; ¡mejor, así se moriría! Una tarde quisimos apoderarnos de la caja de sobres, pero el director se opuso.

Pasó un poco de tiempo; nuestros árboles iniciaban ya el botón de sus capullos; el jorobadito seguía enfermo y la oruga... ¡Quién sabía!, acaso muerta en la ridícula caja de cartón.

Cuando nuestros árboles estaban espolvoreados de flores blancas y rosadas se llevaron a Celito al cementerio. El director fué en el pobre cortejo y nosotros nos quedamos en el jardín contemplando nuestros floridos arbustos, ¡que daban una alegría tan grandel!.. ¡Qué sabíamos nosotros del infortunio ajeno!

Estuvimos dudando mucho tiempo; a mí me parecía un sacrilegio el tocar a la cajita de sobres, pero, al fin, otro más decidido cometió la profanación:

—¡Qué tontería! Ahora veréis adónde va el gusano.

Se apoderó de la caja y la abrió en el momento que entraba el director. Del susto se le cayó al suelo y vimos atónitos, asombrados, que de dentro de

la caja salía una mariposa revoloteando hacia nuestros árboles. ¡Qué alas! Conservo en los ojos la impresión de aquellas alas, que brillaban al sol cuajadas de colores metálicos. La vimos elevarse, revolotar por encima de nuestras flores; parecía que se burlaba del desprecio que habíamos sentido por ella. Y el director, con voz amable nos dijo:

—¿La veis? Esa es la oruga; mientras el pobre Celito estaba enfermo, la oruga estaba escondida en su capullo en estado de crisálida y, al fin, vuela hoy con esas alas maravillosas. También Celito ha volado hacia el cielo. Hijos míos, amados discípulos, acordaos para cuando seáis mayores; no despreciéis a nadie; en la joroba tenía Celito las alas, en el cuerpo las tenía esa oruga cuando queráis aplastarla. No despreciéis a nadie, que el más humilde puede tener también sus alas ocultas como las de la oruga, como las del pobre Celito.

LA SEÑORITA RONSAY Y SUS DANZAS

La danza, que, en su origen, constituyó una de las más nobles manifestaciones artísticas, desnaturalizóse por completo al pasar a los modernos escenarios y ha acabado por prostituirse al ser explotada por no pocas estrellas (?) del género que se llama ínfimo, por no darle otro nombre más crudo, aunque más exacto.

Es altamente repugnante el espectáculo que en ciertos sitios de diversión se ofrece al público, especialmente en las grandes capitales, y apenas el ánimo ver cómo gentes de todas condiciones, aun aquellas que por ocupar puesto más alto en la escala social debieran dar ejemplo, si no de otra cosa, de buen gusto, aplauden y llegan casi a glorificar a esas mujeres que han convertido la danza en conjunto de movimientos lascivos, de provocativas contorsiones, de gestos rufianescos, reñidos con los más elementales principios no sólo del decoro, sino también del arte.

Por esto son más de alabar los esfuerzos de algunas artistas escogidas, que volviendo por los fueros del arte y de la decencia, han tratado de restituir a la danza su verdadero carácter y de dignificar una diversión que ha degenerado en licencia intolerable. Citaremos entre ellas a Loie Fuller, que después de haber sido aplaudida en todo el mundo por sus bellas danzas luminosas, hoy se

dedica a educar en su escuela a una porción de niñas, y a Isidora Duncán, la notable creadora de enseñanzas coreográficas que hacen revivir las antiguas danzas helénicas.

za clásica las piezas más notables de Rameau, Mendelssohn, Beethoven, Chopin, Grieg, Rimski-Korsakoff y otros no menos famosos compositores antiguos y modernos, y es verdaderamente maravilloso

el efecto de estos movimientos al exteriorizar las emociones que la música va produciendo en el ánimo, al dar forma al argumento íntimo, por decirlo así, de las melodías interpretadas.

El público numeroso que todas las noches acude a admirar a la señorita Ronsay y las entusiastas ovaciones que le tributa son pruebas elocuentes de que no faltan espectadores para los espectáculos cultos, y de que el arte y el decoro no son incompatibles con los intereses económicos de las empresas.

CURIOSAS

FORMACIONES DE HIELO

Uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza nos ofrece es, sin duda alguna, el de las formaciones de hielo en las grandes superficies líquidas, en los mares, en los ríos y en los lagos.

En los mares del Norte los bancos de hielo constituyen verdaderas islas flotantes que cierran el paso a los buques y a veces los aprisionan, conservándolos cautivos durante muchos meses. Los hay que tienen hasta 100 kilómetros de ancho por un largo proporcionado; muchos alcanzan una altura de algunos centenares de metros, y los hay que ofrecen el aspecto de in-

mensas cordilleras cortadas apenas de cuando en cuando por estrechos desfiladeros. En estos bancos, el hielo adopta las formas más caprichosas y ofrece efectos de espejismo maravillosos que a veces los hacen aparecer a los ojos de los marinos perdidos en aquellas regiones como ciudades fantásticas con sus casas, sus palacios, sus torres y sus fortificaciones.

Sin revestir estas proporciones, resultan también grandiosas las formaciones de hielo en los ríos caudalosos y en los lagos. En el número 1.470 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunas vistas de las cataratas del Niágara heladas que demuestran lo que decimos y de ello es asimismo una prueba la fotografía que adjunta reproducimos y que representa una formación de hielo en el lago Michigan, el mayor de los que existen en los Estados Unidos, determinada por la acción del frío y del viento al empujar las aguas hacia la costa. —T.



La señorita Ronsay, que actualmente está obteniendo en París grandes triunfos con sus danzas adaptadas a las composiciones más notables de los más ilustres músicos (De fotografía de M. Branger.)

Otra de estas artistas es la señorita Ronsay, célebre discípula de Raimundo Duncán, que en París está alcanzando grandes éxitos con sus interpretaciones coreográficas de conocidas composiciones de los músicos más ilustres. La idea, como se ve, no puede ser ni más original ni más bella y su realización resulta admirable. La señorita Ronsay, dotada

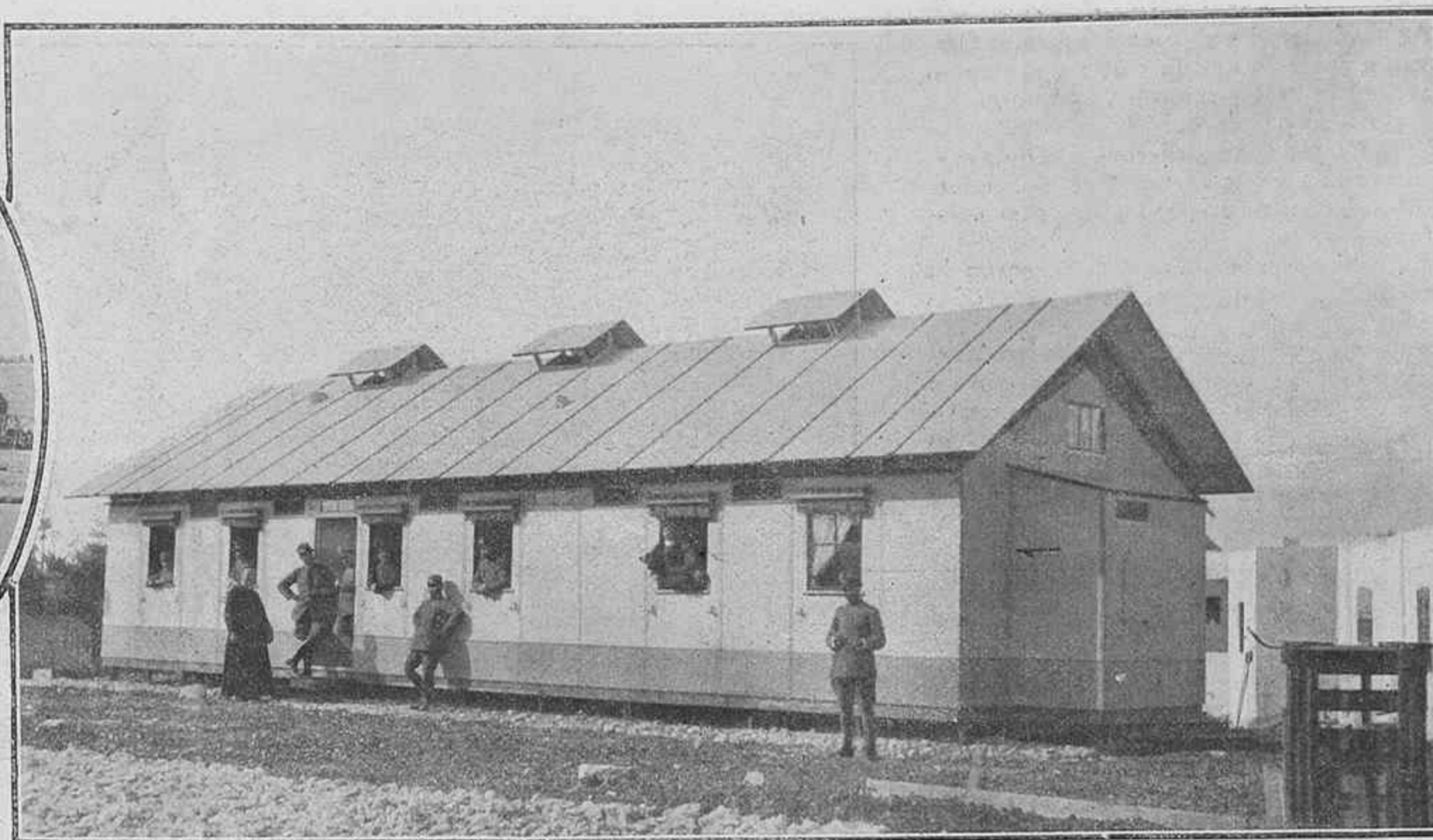
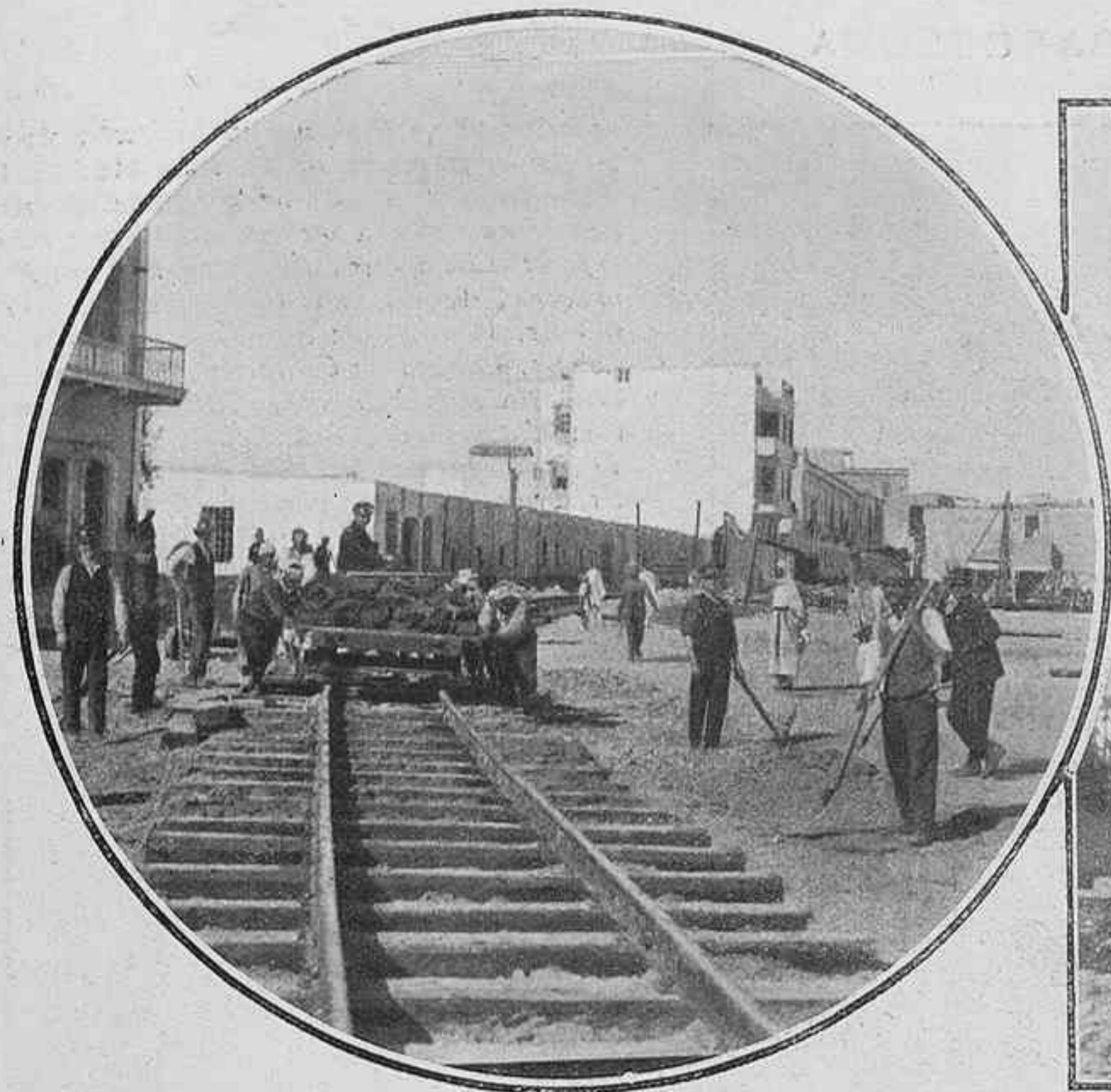


Formaciones notables de hielo observadas recientemente en el lago Michigan (Estados Unidos) (De fotografía de E. Frankl, de Berlín.)

de singular belleza y de arrogante y escultural figura, que envuelve en un sencillo manto blanco, acompañada con apropiados movimientos rítmicos de pure-

el mayor de los que existen en los Estados Unidos, determinada por la acción del frío y del viento al empujar las aguas hacia la costa. —T.

GUERRA ITALO-TURCA. (Fotografías de Carlos Trampus.)



Nuevo ferrocarril de Tripoli á Ain-Zara construido por fuerzas de ingenieros.—Pabellones Döker para los heridos, instalados en Tripoli

La captura de los vapores mercantes franceses *Carthage* y *Manouba* por los buques de guerra italianos dió lugar á un incidente diplomático que en algún momento llegó á comprometer las buenas relaciones existentes entre Francia e Italia. Los motivos o pretextos de tales capturas fueron que el *Carthage* conducía un aeroplano destinado al ejército turco y que, por esta razón, debía ser considerado como material de guerra, y que los 29 otomanos que en el *Manouba* iban no eran

cho dueños no sólo de una buena posición estratégica, sino también de las canteras de donde han de sacar toda la piedra necesaria para la construcción del puerto de Trípoli y del ferrocarril que desde éste ha de ir hasta Ain Zara, es decir, hasta el desierto atravesando los oasis y cuyas primeras secciones están ya terminadas y prestan excelentes servicios. Los italianos han construido varias fortificaciones en dicha posición, ocupándola definitivamente con una columna com-

das por aquellos habitantes contra embarcaciones menores de Italia.

El gobierno de Italia ha comunicado a las potencias una declaración manifestando que, en vista del estado de guerra existente con Turquía y de conformidad con las reglas del derecho internacional, declaraba a partir del 22 de enero el bloqueo efectivo del litoral otomano del mar Rojo desde Isa, al Norte de Hodeida, hasta Gulaifac, al Sur.

La Puerta, por su parte, ha notificado a las potencias que mandará cerrar todos los establecimientos de los italianos residentes en Turquía y adoptará otras medidas contra ellos, si Italia emprende una acción militar en el Archipiélago y en los Dardanelos.

En resumen, la guerra permanece, hasta cierto punto estacionada y Turquía sigue fiando en esto precisamente para la consecución de la paz, pues entiende que, por una parte, Italia acabará por cansarse de una lucha que tantos sacrificios le cuesta y tan enormes gastos le impone, y por otra, que al fin las potencias se verán obligadas a tomar cartas en un asunto que a todas interesa y que mantiene a Europa en una situación que no puede prolongarse indefinidamente.

Respecto al plan que se propone seguir Italia, tienen importancia las declaraciones que, en un reciente viaje a Roma, ha hecho, según parece, el general en jefe de los ejércitos en operaciones en Africa. El general Caneva muéstrase poco favorable a una ofensiva rápida, pues considera que para efectuar un movimiento rápido hacia el interior sería preciso un gran despliegue de fuerzas y estima, por consiguiente, preferible proceder por pequeñas etapas y fatigar al enemigo, que se ve obligado a operar en condiciones en extremo desventajosas, sobre todo a causa de las dificultades que encuentra para sus aprovisionamientos.

Este punto de vista del general Caneva es mal acogido en ciertos centros políticos, en los cuales se quisiera obligar a Turquía a firmar la paz mediante una acción enérgica y decisiva y se teme, además, la mala impresión que puede producir en la opinión pública la lentitud con que se llevan las operaciones. El general Caneva ha regresado ya al teatro de la guerra y dícese que dentro de poco las tropas italianas emprenderán un nuevo movimiento de avance ocupando el oasis de Zanzom que se halla situado más allá del oasis de Gargaresch, punto el más avanzado de las posiciones italianas de Tripolitania. — R.



Campamento instalado en Gargaresch

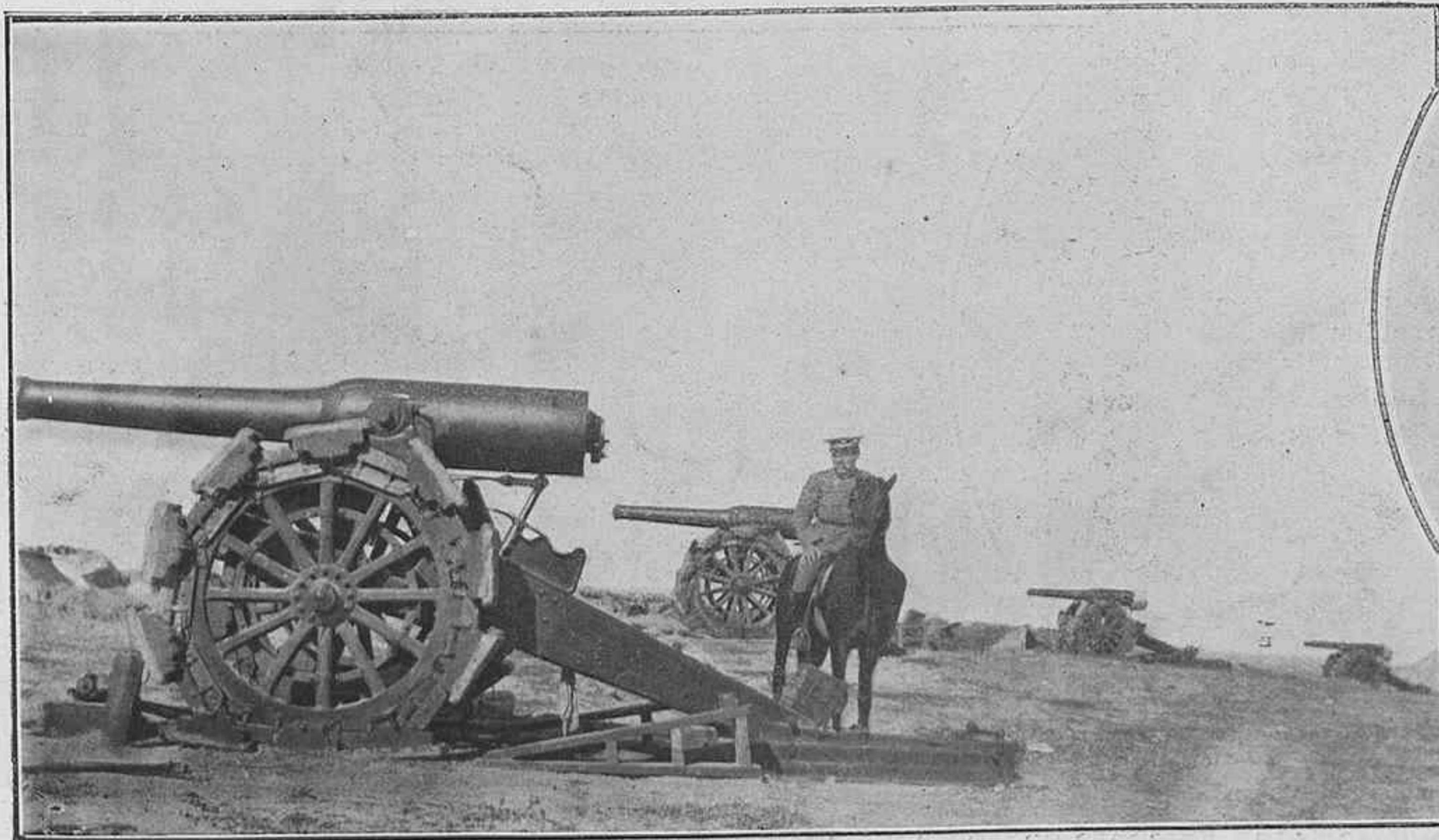
médicos y sanitarios de la Media Luna Roja, como pretendían, sino jefes y oficiales que marchaban a incorporarse al ejército de operaciones de la Tripolitania. Por fortuna, el incidente se resolvió satisfactoriamente, desvaneciéndose así los temores de complicaciones que hubieran podido revestir gravedad suma.

La guerra continúa desarrollándose lentamente y sin grandes hechos de armas. Una de las operaciones que relativamente han tenido mayor importancia ha sido la ocupación del oasis de Gargaresch, gracias a la cual los italianos se han he-

puesta de una brigada de infantería, tres batallas y seis escuadrones de caballería.

Los turcos intentaron recuperar el oasis de Gargaresch y al efecto emprendieron varios violentos ataques que fueron victoriosamente rechazados por los italianos con grandes pérdidas por ambas partes.

Aparte de éstos, sólo ha habido ligeros combates, que más bien han sido escaramuzas sin importancia, y el bombardeo por parte de varios buques de guerra italianos de la población de Zuara en castigo de las agresiones cometi-



Batería de cañones de 149 instalada en Gargaresch



Reducto avanzado construido en Gargaresch Encima del reducto se ve un proyector eléctrico

EL CARNAVAL EN MADRID Y EN BARCELONA

Animadísimo ha sido en Madrid el Carnaval, a pesar de que la lluvia y el tiempo desapacible lo deslucieron bastante en los días primero y tercero.

A la Castellana acudieron, como de costumbre, numerosas carrozas y coches adornados, algunas comparsas y bastantes máscaras a pie.

Entre las carrozas que más llamaron la atención figuran las que adjuntas reproducimos:

Palomas mensajeras, de D. Pedro Martínez Pinedo: representaba un torreón de castillo feudal en el cual anidaban preciosas palomas, con vistosos trajes de plumas blancas.

El Carnaval en la Luna, de D. Joaquín



Madrid.—Palomas mensajeras, carroza de D. Pedro Martínez Pinedo

Martínez: numerosos pierrots y pierrettes, vistiendo elegantes trajes y agrupados junto a una Luna descomunal y sonriente.

Gulliver en Lilibut, de D. Gabino Álvarez Méndez: grupo alusivo a la popular novela satírica inglesa de Jonathan Swift, representado muy artísticamente y con gran propiedad.

De los coches, uno de los más celebrados fué *Cielo azul*, de D. José Ferrer, adornado con gasas estrelladas y ocupado por un viejo de lengua barba blanca y por una porción de bellísimas muchachas ataviadas con vaporosos trajes y tocadas con sendas estrellas.

Entre las demás carrozas que se distinguieron por su originalidad, por su arte y por su elegancia, merecen citarse especialmente: *La caperucita encarnada*, de D. Carlos Tornos (hermosísima reproducción del conocido cuento de Perrault); *La banda municipal*, de los Sres. de Gómez y Delgado (un quiosco en el que tocaban lindas señoritas y varios jóvenes vestidos con el uniforme de la banda municipal madrileña); *¡Chufsta, chufsta!*, de D. José Sánchez (aragoneses y aragonesas en la vía del tren, a la salida de un túnel, en cuya boca se ve la chimenea de una locomotora); *Amapolas*, de don Tomás Torres (preciosa cesta con varias hermosas jóvenes que lucían tocados imitando la roja flor campestre); *Allegro vivace*, de D. Rafael Enrique Chacón (un pentágono con varias niñas figurando las notas); *Portadoras de la buenaventura*, de D. José del Valle (preciosas gitanas bajo un emparado, diciendo la buenaventura y distribuyendo pequeñas barajas y bombones); *Floralla*, del Sr. González Edo (templete griego donde reposaban patricios y matronas después de una orgía).

El primer premio para carrozas se declaró desierto concediéndose dos



Cielo azul, coche de D. José Ferrer
Gulliver en Lilibut, carroza de D. Gabino Álvarez
(Fotografías de Asenjo y Salazar.)

En Valencia, el Carnaval ha sido motivo para que aquel pueblo haya lucido una vez más las dotes de buen gusto y de arte y originalidad que demuestra en todas sus fiestas. Los grabados de la siguiente página son de ello la mejor demostración. El Jurado otorgó los premios de las carrozas a una alegoría del Carnaval, a *Arrós en fesols y naps* y al *Carro del Sol*; los de grupos, a *Caravana árabe*, *Coronación del maestro Giner* y *Pescadores*; el de máscaras a caballo, al *Grupo de los partidos turnantes* (Canalejas montado en un burro que conduce Maura), y el de máscaras a pie, a *Pierrot* y *Colombina*. Además adjudicóse un premio especial a un *Músico etlope*, vestido, ó mejor dicho desnudo, con gran propiedad. — S.

accesits, uno a *Gulliver en Lilibut* y otro a *Bazar de juguetes*, de D. Luis Muriel. El segundo premio fué adjudicado a *Caperucita encarnada* y el tercero a *Palomas mensajeras*. Los coches premiados fueron: *Primavera*, de D. Luis López; *Rosas de te*, del Sr. Hernández Agero; *Cuna de bebés*, del Sr. Longoria; *Coche rojo*, de D. Pedro Bautista Vidal; *Cupido*, de los Sres. de Bantur; *Colombinas*, del Sr. Moreno Grao; *D'Alboraya*, del Sr. Mayor; *Cielo azul*, del Sr. Ferrer; *Blanco y malva*, del Sr. Albornoz, y *Coche blanco*, del Sr. Palma, que obtuvieron respectivamente los premios de S. M. el rey, de S. M. la reina doña María Cristina, de S. A. la infanta doña Isabel, de S. A. la infanta doña María Teresa, de



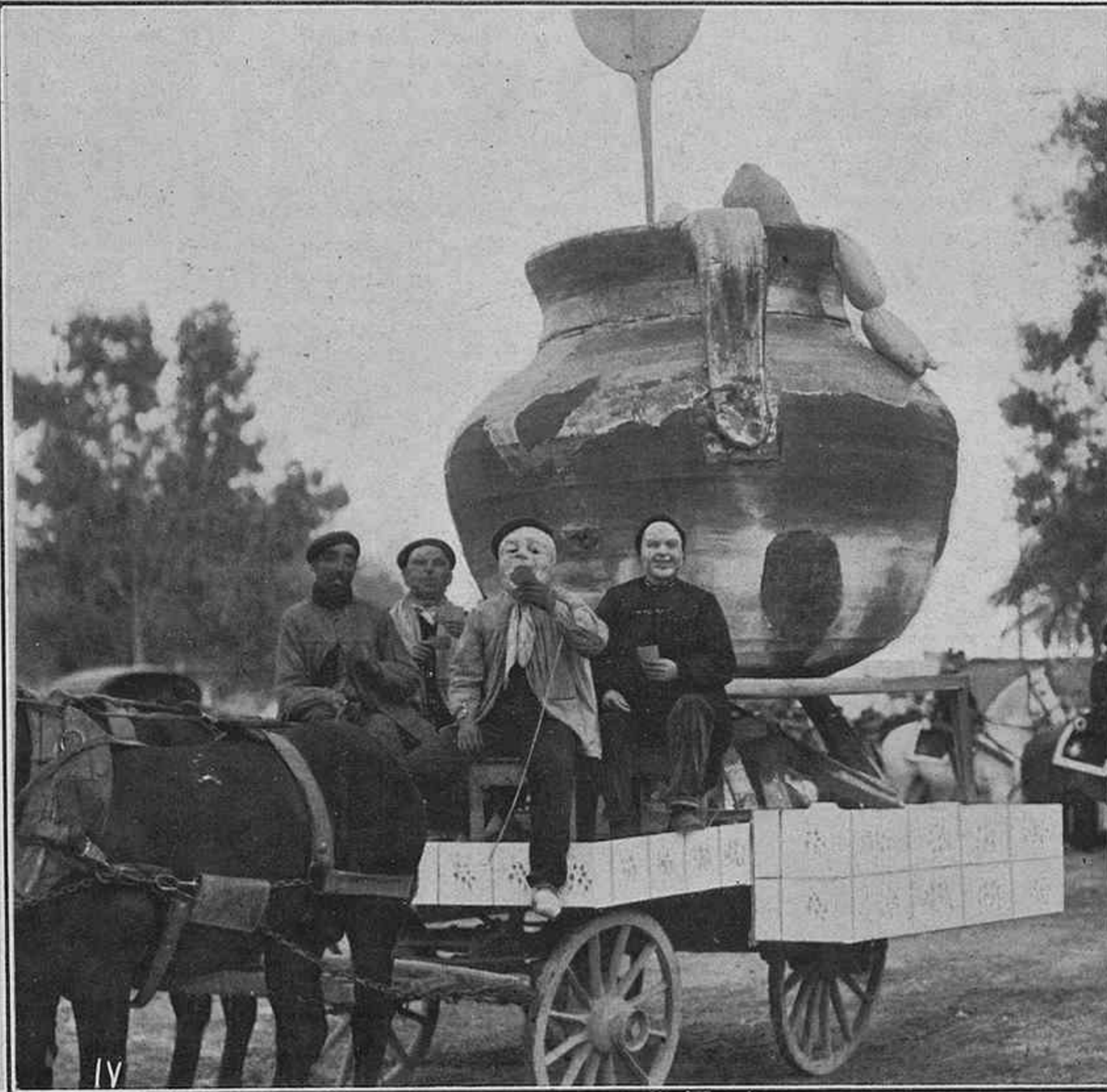
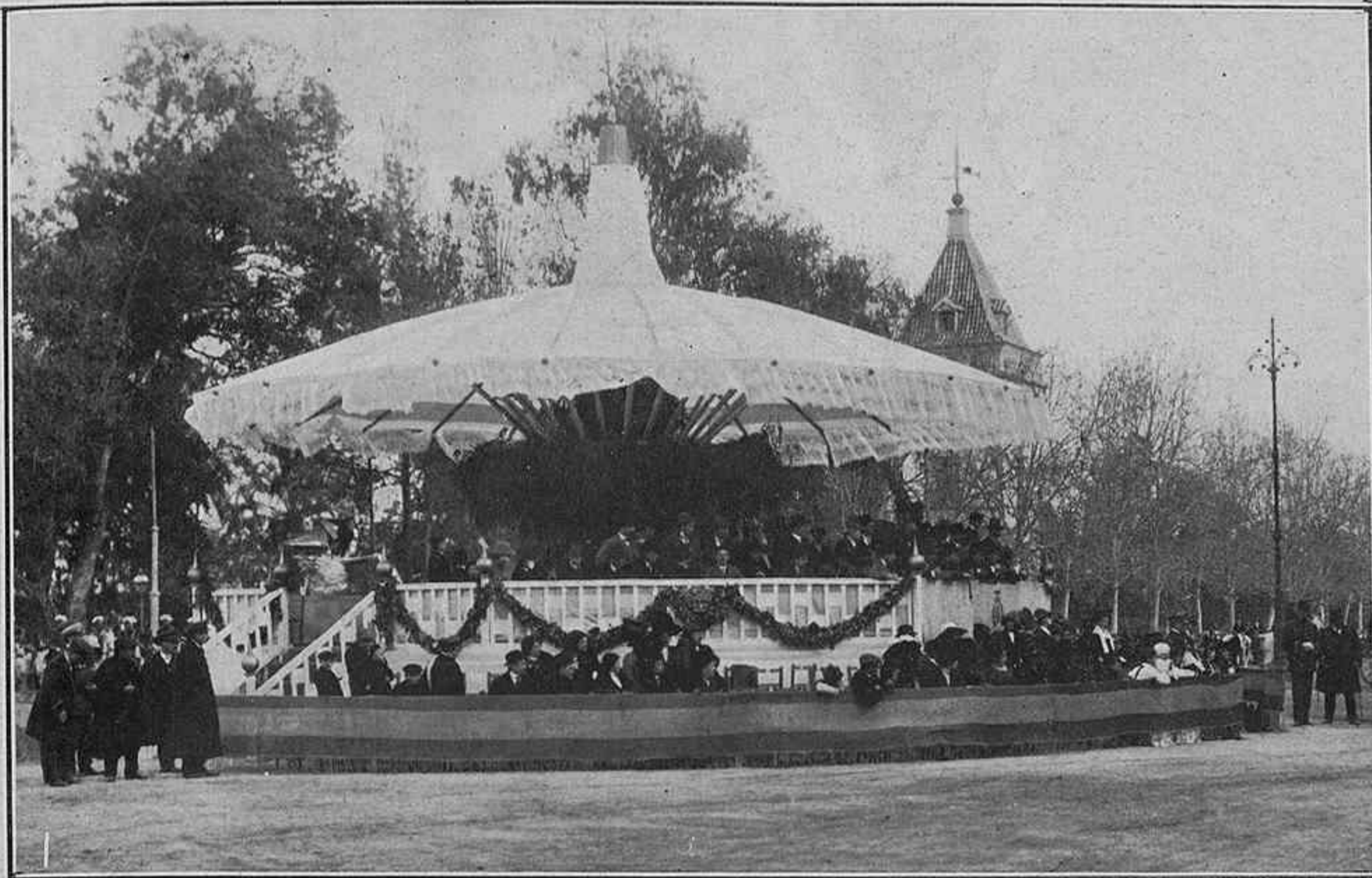
El Carnaval en la Luna, carroza de D. Joaquín Martínez

S. A. la infanta doña María Luisa, de los ministros de Estado, de Marina, de la Gobernación y de Instrucción Pública y del capitán general.

En Barcelona, los tres días de Carnaval se vieron favorecidos por un tiempo espléndido. La *rúa* efectuóse en la Granvía Diagonal y a ella concurren muchos coches y autos, varios de ellos ocupados por máscaras, y un público numeroso. Las notas más salientes, casi las únicas, de los vehículos adornados, fueron la carroza de la Sociedad Fomento de Obras y Construcciones y la de la casa del Gran Licor Poniol, que adjuntas reproducimos. La primera, obra de los Sres. Ros y Güell y Escaler, estaba formada por una masa de rocas graníticas, sobre las cuales sentábase una figura que representaba el Trabajo. Al pie de las rocas veíase una gruta, de la que salía una vagoneta y alrededor de ésta ocho gnomos labraban la piedra. La segunda, construída por don Federico Riera, figuraba un elefante junto al cual varias máscaras arrojaban anuncios de aquel licor.



Barcelona.—Carroza de la Sociedad Fomento de Obras y Construcciones. (De fotografía.)
Carroza anunciadora del Gran Licor Poniol. (De fotografía de Brangulí.)



1. La tribuna del Jurado en el Paseo de la Alameda.—2. Grupo de los partidos turnantes (primer premio de máscaras a caballo).—3. Músico etíope (máscara premiada).—4. Carroza de costumbres típicas «Arrós en fesols y naps» (segundo premio).—5. Pierrot y Colombina (primer premio de máscaras a pie)—6. El carro del sol (premio especial).—7. Caravana árabe (primer premio de grupos).



EN EL BAR, dibujo de Vicente Carreres



DESPUÉS DE CARNAVAL, cuadro de Gastón Bouy. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París)

EL DOCTOR LÍSTER

«En 1900 afirmóse que el doctor Lister había salvado ya en aquel entonces mayor número de vidas que las que habían sacrificado todas las guerras durante el pasado siglo, y desde entonces la adopción de sus métodos por los médicos militares japoneses ha aumentado el número de sus trofeos y ensanchado considerablemente su fama. Es indiscutible que respecto de la curación de las enfermedades, del alivio de los sufrimientos y de la salvación o prolongación de la vida, el doctor Lister ha sido el más grande bienhechor de la humanidad.»

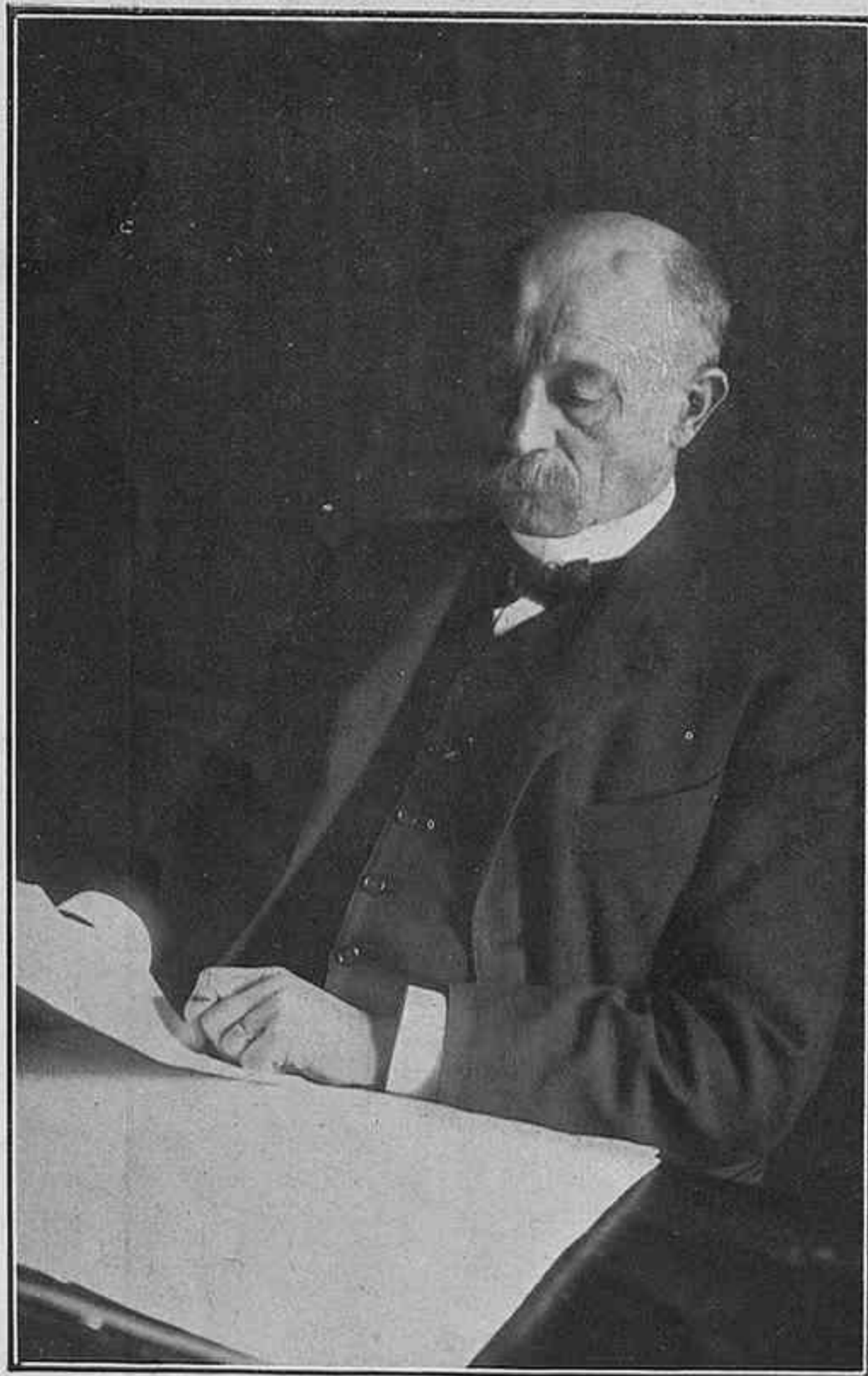
Así escribía el importante diario londinense *The Times* al dar cuenta del fallecimiento del sabio ilustre que murió en Wálmer el día 10 de los corrientes, víctima de una neumonía. Y estos elogios del periódico inglés han sido confirmados por la prensa de todo el mundo, pues en todo el mundo ha sido igualmente llorada y sentida la muerte de Lister, como ha sido universalmente apreciada y glorificada su obra impercedera.

Lister nació en Upton (condado de Essex) en 5 de abril de 1827, educóse en la Escuela Cuáquera y en la Universidad de Londres, en donde terminó su carrera en 1852. Practicó en Edimburgo hasta 1860, en que fué nombrado profesor de Cirugía de la Universidad de Glasgow, en donde, en 1865, hizo por vez primera público su procedimiento. En 1869 volvió a Edimburgo y en 1877 pasó a desempeñar la cátedra de Clínica quirúrgica en el Colegio Real de Londres, que tuvo a su cargo hasta 1893. En aquel año fué nombrado baronet y en 1898 elevado a la dignidad de par, habiendo sido el primer médico que llegó a la pairía.

Habíase distinguido por numerosos trabajos e investigaciones sobre las amputaciones y las anestésias, y había publicado multitud de obras premiadas por las sociedades científicas de la Gran Bretaña y por otras extranjeras, entre ellas la Academia de Medicina de París.

Pero lo que debía asegurar la celebridad de Lister, lo que había de elevarle a la altura de los más grandes sabios de la medicina moderna, fueron sus hermosos descubrimientos, sus atrevidas innovaciones en materia de antisepsia, cuyos resultados publicó en su célebre libro *Cirugía antiséptica y teoría de los gérmenes*. Era una revelación derivada de los geniales descubrimientos de Pasteur.

Si una herida supuraba, si se infectaba, si no se curaba normalmente y sin complicación, era porque en su superficie se depositaban gérmenes que determinaban una intoxicación; de aquí la necesidad de un vendaje que asegurase el aislamiento de la herida y que estuviese empapado de un antiséptico, el ácido fénico, por ejemplo, capaz



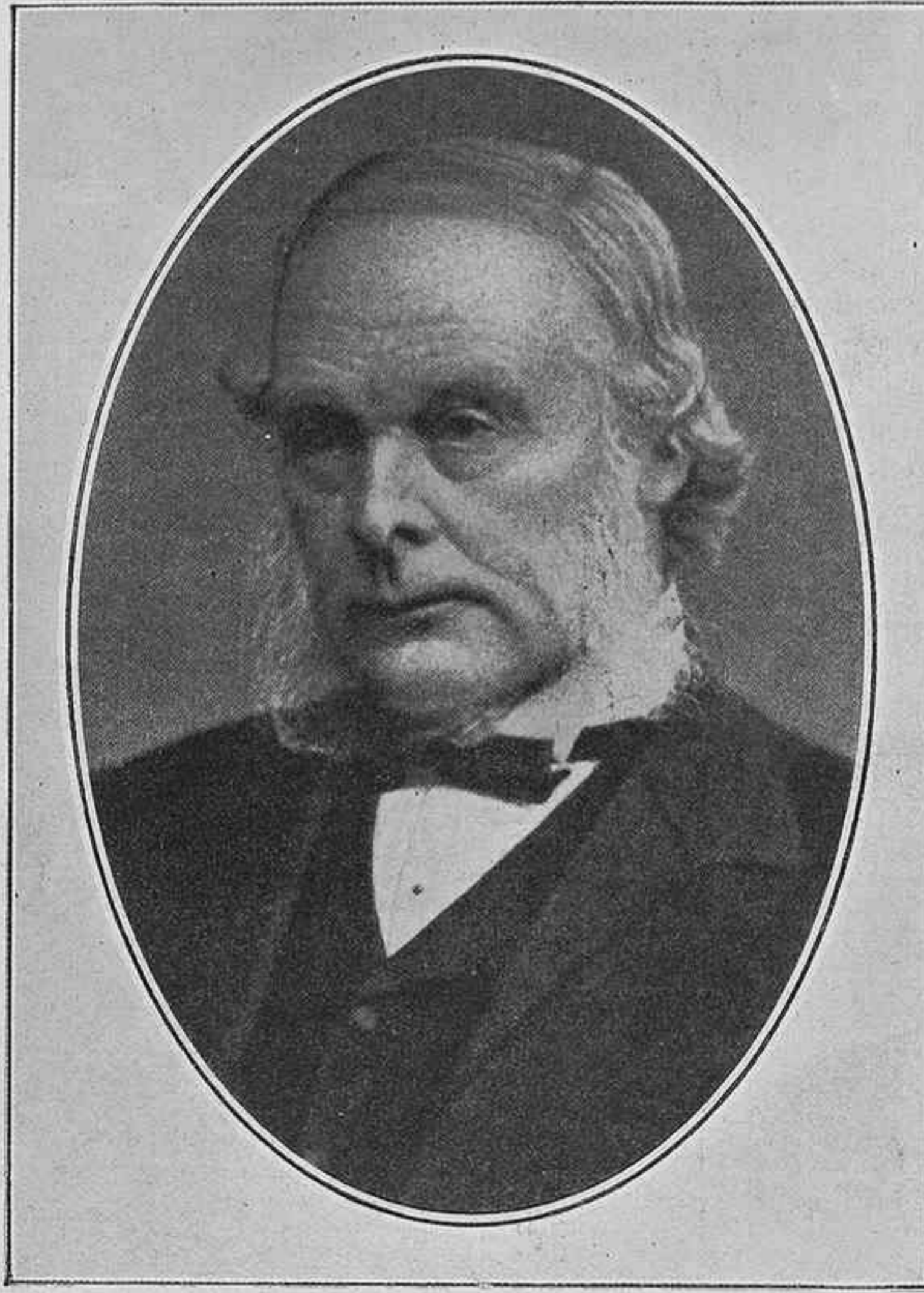
El general francés Langlois, fallecido en el hospital militar de Val-de-Grace (París) el día 12 del actual. (De fotografía de M. Rol.)

de destruir los gérmenes ya existentes en aquella. Además, la operación y el vendaje habían de efectuarse en un sitio estéril, de manera que la herida no se infectase. Estas teorías de la asepsia y de la antisepsia, hoy vulgares en cirugía, constituyen el más glorioso timbre del inmortal cirujano inglés, al que habían sido otorgados los más altos honores y al que la humanidad entera veneraba ya en vida.

El cadáver del doctor Lister fué depositado en la abadía de Westminster, en donde el día 16 se celebraron solemnes funerales, a los que asistieron representantes del rey, de la reina Alejandra, de la princesa Luisa, del gobierno, del Parlamento, de corporaciones científicas, de la nobleza, etc. Después de la ceremonia religiosa, los restos del sabio eximio fueron enterrados en el cementerio de West Hámpestead.

EL GENERAL LANGLOIS

Este general, una de las figuras más prestigiosas del ejército francés, había nacido en Besanzón en 3 de agosto de 1839.



El eminente cirujano inglés doctor José Lister, fallecido en 10 del actual. (De fotografía de Harlingue.)

Entró en la Escuela Politécnica a la edad de diez y siete años e ingresó en el arma de artillería, de la que era capitán al estallar la guerra franco alemana. Agregado al ejército que mandaba Bazaine, asistió a todas las grandes batallas que se libraron en las inmediaciones de Metz y al rendirse esta plaza fué conducido como prisionero a Alemania, de donde regresó a Francia en mayo de 1871.

En 1885 fué nombrado profesor de táctica de la Escuela superior de guerra, y en 1894 ascendió a general de brigada. Cuatro años después obtuvo la tercera estrella y entró de nuevo, como comandante en jefe, en la Escuela superior, de la que salió para encargarse del mando del 20º cuerpo. Desempeñó luego las funciones de miembro del Consejo superior de la guerra y se retiró en agosto de 1904 por haber llegado al límite de la edad.

Hallándose todavía en la plenitud de su vigor físico, moral e intelectual, resolvió entrar en el Parlamento para representar en él los intereses del ejército, y habiendo sido elegido senador por el Meurthe y Mosela, pudo continuar en la tribuna la obra a que siempre se había consagrado.



El notable violoncellista catalán Antonio Sala, que después de haber conseguido grandes triunfos en las principales capitales de Europa, ha sido contratado para una excursión artística por la América del Sur. (De fotografía.)

El general Langlois, aun en los últimos años de su carrera activa, no se había limitado a ejercer el mando que se le ha-

bía confiado, sino que, además, había desplegado raras cualidades intelectuales para hacer triunfar sus ideas predilectas en materias militares, ideas que había desarrollado ya en varias notables obras, entre ellas *Enseñanzas de dos guerras recientes* y que siguió defendiendo en *Cuestiones de defensa nacional*, *Maniobras suizas*, *Bélgica y Holanda ante el pangermanismo*, *Algunos problemas de actualidad* y *El ejército inglés en un conflicto europeo*.

Trabajador infatigable, fundó una publicación técnica, *La Revue Militaire*, y colaboró en varios periódicos, especialmente en *Le Temps*.

En 9 de febrero del año pasado fué elegido miembro de la Academia Francesa.

Era, además, gran oficial de la Legión de Honor.

El entierro del general Langlois fué una imponente manifestación de duelo, a la que concurrieron, entre otros, el coronel Guise en representación del presidente de la República; los ministros de la Guerra, de la Justicia y de las Colonias Sres. Millerand, Briand y Lebrún, delegaciones del Senado, de la Cámara y de la Academia, gran número de generales, políticos, literatos y otras notables personalidades. Después del oficio de difuntos, que se celebró en la capilla del hospital militar de Val-de-Grace, en donde había fallecido el general Langlois, el féretro fué llevado al patio de honor del benéfico establecimiento, y delante de él pronunciaron sentidos discursos los Sres. Tourón, senador, Poincaré, académico, general Lacroix, en nombre del ejército, y otros oradores en representación de los veteranos, de los combatientes de Gravelotte y de la Federación de las medallas militares.



Monumento erigido en Heliópolis (Egipto) a la memoria de L. P. Mouillard, a quien se considera como uno de los precursores de la aviación. (De fotografía de Harlingue.)

MONUMENTO Á MOUILLARD

Uno de estos pasados días se habrá inaugurado en Heliópolis (Egipto) un monumento erigido a la memoria de L. P. Mouillard, a quien se considera como uno de los precursores de la aviación. El Sr. Mouillard pertenecía a la Sociedad Aérea de Francia, sección egipcia, y falleció hace poco tiempo en el Cairo. En 1865 constituyó un monoplano, con el que hizo varios ensayos relativamente satisfactorios y que a pesar de la fecha lejana en que fué inventado, ha sido considerado posteriormente muy superior al que treinta años más tarde construyó el alemán Lilienthal.

El monumento, que adjunto reproducimos, es sencillo y original: sobre un pedestal, en el que se lee el nombre de Mouillard y las fechas de su nacimiento, descansa el busto del inventor; debajo de éste, por toda inscripción, *Oser!* («Atreverse») y un águila con las alas desplegadas.

ANTONIO SALA

Este eminente violoncellista catalán está actualmente alcanzando grandes triunfos en las principales capitales europeas.

En enero de 1909 salió de España para París, en donde dió más de doscientos conciertos; visitó después Alemania, Bélgica, Holanda e Inglaterra; efectuó luego tres *tournees* por varias ciudades españolas y últimamente otra por las más importantes poblaciones del Norte de Francia.

Recientemente nuestro ilustre compatriota ha sido contratado por el acaudalado y conocido empresario Faustino da Rosa para efectuar una excursión artística por la América del Sur durante los meses de junio a agosto del presente año.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Manuela, nuevamente desplomada sobre el cuerpo de Rolando, parecía no oír nada

—¡Manuela, a casa!, balbuceó sofocado por la cólera.

Manuela alzó la cabeza, pero sin hacer ningún movimiento para obedecer; limitóse a fijar en su padre una mirada vaga, sin inteligencia.

—¡A casa en seguida!, repitió D. Pablo aun más colérico y amenazador.

—Manuela, dijo en voz suplicante Miguel, que veía a Casteras dispuesto a cualquiera violencia; no te resistas, ven.

Aquella vez Manuela comprendió, pero fué para contestar con un grito desgarrador:

—¡Abandonar a mi Rolando, al padre de mi hijo!

—¡Ah, maldita criatura!

Indiferente a aquella cólera, Manuela proseguía cada vez más exaltada:

—¡Soy su viuda! ¡Aquí, en esta iglesia en donde lo han matado, nos unió el sacerdote! Quiero permanecer aquí para llorar al mejor..., al más amado, que se lleva consigo todo mi cariño, toda mi felicidad, dejándome sola con mi pobre huérfano.

Pablo Casteras había retrocedido aterrado; no osaba separar por la fuerza de aquel cuerpo inanimado a la desgraciada que se agarraba a él desesperadamente.

¡Viuda!.. ¡Madre!.. Siendo así, ¿no era un sacrilegio cualquiera violencia cometida con aquel cadáver? Y como para afirmar su resolución vacilante, murmuraba:

—¡Casada..., con ese hombre..., en esa iglesia! No es verdad; nadie aquí se habría atrevido.

Y pensando en seguida en el único sacerdote que en Río Frío habría podido prestar su ministerio a un matrimonio clandestino, exclamó:

—¡Padilla!.. ¿Es Padilla?.. ¡Responde!

Inútil pregunta; vana amenaza. Manuela, nueva-

mente desplomada sobre el cuerpo de Rolando, parecía no oír nada.

—Entonces será Padilla quien hablará.

Y bruscamente D. Pablo se encaminó a la iglesia; mas apenas hubo penetrado en ella, lanzó un grito ahogado;

—¡Oh, Miguel, miral!

Sus ojos habían tropezado con el cuerpo inanimado de Padilla.

—¡El padre!, exclamó con espanto. ¡Muerto!

—¿Cómo saber ahora?, dijo Miguel.

Casteras no respondió; se veía que intentaba coordinar sus ideas y recobrar su sangre fría. De pronto, como quien ha dado con la solución de un enigma, gritó:

—¡Ah, sí en la sacristía!

—Tampoco allí encontrarás a nadie.

—Pero encontraré el registro de Padilla.

Y entrando en la sacristía cogió nerviosamente el tomo y poniéndolo sobre la mesa lo hojeó con agitación febril, empezando por el último matrimonio inscrito. Eran nombres de pobres gentes del país a quienes conocía y los veía desfilan en serie interminable que irritaba su angustiosa impaciencia. Y aunque había vuelto muchas páginas, en ninguna había visto nada referente a Casteras ni a de Asprenont, cuando encontró la mención de un matrimonio que despertaba en él un recuerdo preciso; era el de uno de sus criados.

—Éste, dijo, se casó antes de que vinieran los franceses; es pues inútil buscar más atrás.

—¿Estás seguro de que en ninguna de las páginas que has hojeado?..

—Compruébalo tu mismo.

Pero Miguel tampoco encontró nada y aunque vió una página rasgada, no le llamó la atención y creyó

que habiéndose inutilizado por algún incidente el mismo padre Padilla la habría arrancado.

—¡Nada!, exclamó.

—¡De modo que ha mentido!, rugió D. Pablo sin contener ya su cólera. Por lo demás, harto sabía yo que Padilla no se habría atrevido.

—Sin embargo, ella lo ha dicho y tú lo has oído.

—Lo que he oído es que ese francés ha traído la deshonra a mi casa y he comprendido que publicando su vergüenza esa hija perdida, trataba aún de engañarme.

—No, estaba demasiado desesperada..., no mentía, su acento era el de la verdad.

—Aun siendo cierto, casada o no ¿no me ha desobedecido? ¿Es menos culpable? ¿Qué importa lo demás?

—Sí nos importa. Nuestra humillación, nuestro resentimiento sólo a nosotros interesa; pero hay además el honor de la familia.

—¡El honor de la familia! En este momento es la risa de esos soldados que ven a la hija de D. Pablo Casteras llorar a su amante.

—No, primo; tú no puedes, no debes todavía hablar así... Todo se explicará quizás; espera esta explicación; es de justicia.

—¡Justicia! ¡No tiene derecho a ella esa criatura!

—Todos tenemos a ella derecho. Esa vergüenza que aun puede evitarse a tu hija nos mancha desde luego a nosotros cuando condenas a Manuela sin escucharla.

—¡Pero si ella misma proclama su deshonra!

—No; Manuela llora al hombre con quien afirma haberse desposado. Que seas implacable por su desobediencia..., tal vez yo también lo sería; pero por ti, por mí, por todos, no te aventuras a calumniar a la que quizás no nos ha deshonrado.

— aquella enérgica invocación a la solidaridad de la familia impresionó a Casteras.

De modo que quieres...

— Tener la certeza.

— Sea; ve a interrogarla.

— Pero no aquí delante de esos soldados.

— Bueno, pues tendremos en casa la explicación que exiges. Por otra parte, has invocado mi justicia; descuida, seré justiciero.

Y sin añadir palabra, sin volverse a mirar a la desdichada que lloraba a pocos pasos de él D. Pablo tomó el camino de San José.

Un sentimiento muy parecido al odio animaba a Miguel cuando entonces se acercó a la mujer que le había engañado, que había jugado con su sincero cariño, con su ingenua confianza, poniéndole en aquella situación humillante, ridícula. También él sentía contra Manuela una cólera que el despecho y los celos avivaban. Y sin embargo, al ver en ella tanto dolor, tanto anonadamiento, tanto castigo, sintió que su corazón se llenaba de piedad, y se asombró de la dulzura de su propia voz cuando, dirigiéndose a la que no le había oído acercarse, le dijo:

— Manuela, estoy solo; tu padre se ha ido. De mí no has de temer nada; pero no puedes quedarte aquí. Vente conmigo.

— No, no, contestó ella sin levantar la cabeza.

— Es preciso; además se llevarán el cadáver del Sr. de Aspremont.

— Dondequiera que lo lleven, allí iré yo.

— Es que se lo llevarán para enterrarlo con los demás... Mira ya empiezan...

— Quiero quedarme.

— Esos soldados no te dejarán.

— ¿Y por qué no? No tendrán valor para arrojar de aquí a una mujer que llora, y menos sabiendo como saben ahora que soy la viuda de Aspremont y que tengo derecho a quedarme.

— ¿Estás segura, pobre Manuela, de tener este derecho?, preguntó Miguel en voz baja.

Por vez primera miró la joven con expresión de ansiedad y de una inmensa sorpresa. ¿Por qué le hacía tan extraña pregunta?

— Ese matrimonio, dices que se ha celebrado en esa iglesia, insistió Miguel.

— ¿Lo dudas acaso? ¡Pregúntaselo a Padilla!, contestó desesperadamente.

— Padilla ha muerto.

— ¡Muerto!

— Y en el registro no hay rastro del matrimonio.

— Habréis buscado mal.

— Tu padre y yo lo hemos hojeado página por página y nada hemos encontrado, contestó Miguel con acento de la más punzante inquietud. Lo he leído línea por línea, y ni una fecha, ni un nombre, ni una firma.

— ¡Cómo! ¿Me volveré loca?.. ¡Pues en el registro firmamos y con nosotros el padre y los testigos.

— ¿Qué testigos?

— En primer lugar, el teniente de Albigny.

— Pero desgraciada ¡qué testimonios invocas! También ese oficial ha muerto.

— ¡También de Albigny!, exclamó Manuela con el terror pintado en el semblante.

— Sí, bien lo sabes. ¿Y qué otro testigo citarás ahora entre los que no pueden hablar?

Pero Manuela nada contestó. Su espanto, su angustia eran entonces demasiado violentos demasiado superiores a las fuerzas de una mujer; y lanzando un sordo gemido, la viuda de Rolando de Aspremont cayó como herida por un rayo, tan lívida, tan inanimada como aquel cuyo último sueño quería velar.

¿Qué hacer de aquella desgraciada? ¿A quién pedir ayuda? Dejarla allí era imposible y Miguel buscaba ansiosamente a su alrededor. De pronto lanzó un suspiro de alivio. Acababa de ver aparecer a Concha Gutiérrez, la vieja nodriza de Manuela que acudía tímidamente, casi ocultándose porque sabía la causa de que su ama hubiese huído como una loca y sospechando lo que debió pasar cuando don Pablo se juntara con ella en el atrio de la iglesia, preguntábase con terror qué sería de todos ellos ahora que el teniente había muerto y no podría llevarse a Francia a su esposa ni a los ancianos criados que los habían ayudado en sus amores. ¡Ahora que don Pablo tenía conocimiento del matrimonio y conocería, si no los conocía ya, los nombres de los que estaban mezclados en aquella maldita aventura y, por consiguiente, el de Juan Gutiérrez!

Atraída por la fascinación del miedo, acudía para ver, para asegurarse y acaso para correr luego al lado de su Juan y decirle:

— Huyamos lejos, muy lejos porque nunca habrá espacio bastante entre la cólera del amo y nosotros.

Y he aquí que su nombre pronunciado por Miguel la hacía detenerse... Imposible esquivarse; además,

veía á aquella mujer tendida, inmóvil, y en seguida reconoció en ella a su ama, herida, quizás maltratada por su padre. ¡Oh! No podía ser. ¿No habría podido ella misma, en su desesperación, golpearse? Y como Miguel repetiera con insistencia:

— ¡Concha, date prisa!

— ¡Ah!, exclamó resueltamente. No se trata de Juan ni de mí. La niña necesita mi ayuda; primero ella, después pensaremos en nosotros.

Y la vieja Concha acudió al llamamiento de Arribio. Por otra parte, cuanto más se acercaba a éste más se convencía de que el primo de D. Pablo ignoraba muchas cosas. En efecto, el tono de su voz no era el de quien manda comparecer a un cómplice; la llamaba como pidiendo socorro invocando una ayuda inesperada. Y cuando estuvo cerca, Miguel, con voz vacilante, le dijo:

— Concha ¡una desgracia, una gran desgracia!

— ¡Ah, mi pobre niña!

Y olvidándose de todos sus espantos, la india precipitóse para levantar a la que había alimentado en sus pechos, para tratar de reanimarla.

— ¡Amita mía, mi Manuela, mi niña!

Y cogiéndola en sus brazos y prodigándole esos primeros socorros, que también son caricias, interrogaba a Miguel con la mirada.

— Luego te explicaremos, dijo Arribio bruscamente. Ahora hay que sacarla de aquí.

— Tal vez el amo va en busca de auxilio, repuso Concha que había visto a D. Pablo encaminarse a la hacienda.

— ¡Sí, en eso piensa!

— ¿Qué, no sabe?

— Veamos cómo nos llevamos a esta pobre criatura, contestó Miguel sin hacer caso de la pregunta. Serían menester dos hombres.

Y mostrando la especie de parihuelas en que poco antes había sido conducido el cadáver de Albigny, añadió:

— Con esto podrían transportarla fácilmente.

— ¿Dos hombres?.. En la primera casa de la plaza.

— Corro a buscarlos... ¿Y tú?

— Yo me quedo para velar por ella.

Y mientras Miguel iba en busca de auxilio en aquellas casas cuyas puertas comenzaban a entreabrirse después del combate, Concha repetía alocada al oído de Manuela:

— ¡Niña, háblame..., es tu nodriza que está sola! ¡Háblame siquiera para que yo sepa lo que hay que decir, lo que hay que hacer!

Manuela continuaba inanimada. Y no había todavía vuelto en sí cuando Miguel, seguido de dos hombres la hizo colocar en las angarillas, ordenando que la llevaran a San José. Luego dirigiéndose a Concha:

— Que la conduzcan directamente a su cuarto, le dijo; y sobre todo que su padre no os encuentre.

Había llegado la noche, una noche hermosa y tranquila. En la iglesia los cadáveres esperaban, prontos a ser enterrados a la mañana siguiente en la fosa abierta a lo largo de la pared. Al lado de aquella, había otras dos fosas destinadas a los dos oficiales que sucumbieron en el combate. No se veía más claridad que las luces rojizas del cuerpo de guardia que por las grandes ventanas se proyectaban sobre la plaza entonces desierta.

Desierta, no del todo. En la sombra paseábase dos soldados hablando en voz baja y ahogando el ruido de sus pasos, sin duda porque sufrían aún esa impresión que causa la vecindad de los muertos, cuyo reposo rígido temen turbar los vivos.

— ¿Qué vas a hacerle! Este es el oficio. Se levanta uno por la mañana contento, dichoso, porque la campaña toca a su fin... Le van a nombrar a uno capitán y a condecorarle; se va a llevar a Francia una mujer bonita y espera el rorro que ya está en camino... Y una hora después, le traen a uno atravesado por una bala y sus huesos se pudrirán en el cementerio de Río Frío. Realmente se le oprime a uno el corazón pensando en esto.

— Y si fueses como yo, dijo el otro que ostentaba los galones de cabo; si como yo le hubieses conocido... A bien que tú no habías sabido hacerte querer de él; además, le guardabas rencor, naturalmente.

— ¿Rencor porque me había hecho perder los galones?.. No te diré que en el primer momento no lo sintiera; pero luego comprendí que otro cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo, porque yo había faltado, y cuando, además, se pone la muerte de por medio, uno cambia de modo de pensar. No, pobre teniente, no le guardo rencor.

— Pues figúrate el dolor que he sentido yo cuando le vi morir en mis brazos; cree, Delorme, que lloré.

— ¿Sois del mismo país?

— Y compañeros de infancia, por añadidura. La casa de mi padre no dista cien metros de la verja del

parque y no vayas a creer que porque él fuera el hijo del conde de Aspremont y yo el hijo del herrador se le ocurriese nunca mostrarse orgulloso. ¡Pobre señorito Rolando!

— ¿Vive todavía el padre?

— He aquí otro de quien podrá ahora decirse ¡pobre viejo!

— Y no tiene más hijos.

— Ninguno... La condesa murió hace mucho tiempo.

— De modo que el dinero que había tirado el teniente..., porque ¡cuidado si había tirado!

— ¡Ya lo creo!

— ¿Era de la fortuna de su madre?

— Toda la había derrochado; pero bien podía haberlo si esto le agradaba, pues sabía que de su padre heredaría diez veces más.

— ¿Tan rico es el señor conde?, preguntó Delorme con singular expresión de voz.

— No sé a punto fijo cuánto tiene, pero te respondo que por cuatro o cinco millones no se dejaría cortar el pescuezo.

— ¡Cuatro ó cinco millones!, repitió Delorme asombrado. ¿Y todo será ahora para?..

— Ya lo has oído como yo; todo será para esa linda dama.

— ¡Bah!, exclamó afectando incredulidad el soldado que poco a poco llevaba la conversación a este terreno. Las viudas no heredan a sus esposos.

— ¿Y los hijos no heredan a sus padres?

— Es verdad... Y el heredero está en camino.

— Lo cual no hará ninguna gracia a alguien que yo me sé.

— ¿Quién?, preguntó Delorme con voz alterada.

— Lorgerac, el primo Lorgerac.

— ¿Le conoces a éste también?

— ¡Que si le conozco! El primo hermano del señorito Rolando, el sobrino del conde de Aspremont, el hijo de su propia hermana... Todos los veranos los pasaba con su madre en el castillo de Aspremont; figúrate si le conoceré.

— Sería muy amigo de su primo...

— Naturalmente, aunque no eran de la misma edad, pues el Sr. de Lorgerac tenía tres o cuatro años más; pero el señorito Rolando era tan alto y tan robusto que parecía mayor que él. Y no se diferenciaban sólo en esto, sino en el carácter: eran como el día y la noche. Todo lo que el señorito Rolando tenía de afable, el otro lo tenía de orgulloso, y así como aquél no daba valor al dinero, éste ataba la bolsa con siete nudos.

— ¿Avaro, a su edad?

— Avaro no, porque también sabe gastar el dinero, pero no lo tira como su primo. Cada cual tiene su gusto y el gusto del Sr. de Lorgerac son los negocios de banca..., de hacienda..., de sociedades industriales. Su madre, al morir, le dejó casi la misma fortuna que el conde de Aspremont dejará a ese nieto que va a venir al mundo; mas no le ha bastado a don Francisco. Su placer es estarse diez horas diarias en su despacho haciendo números, como si necesitase esto para vivir.

— ¿Y todo el dinero que gana?

— Sabe lucirlo; dicen que en París lleva un tren...

— ¿Tú no le has visto?

— Ni pienso verle pronto; no quiero tratos con él. Ya lo sabe.

— ¿Se lo has dicho?

— Y muy clarito; no le debo nada y un día en que me mortificaba, se lo planté en Aspremont.

— ¿Y dónde está esto?

— En pleno Forez, cerca de Roanne.

— ¿País montañoso?

— En los Cevennes... Bosques, praderas..., se crían caballos y desde que llevo calzones he galopado sobre potros.

— ¿Y allí tienen su castillo todos esos Aspremont y Lorgerac?

— Y allí pasan el verano. En invierno viven en el palacio de Aspremont, en el bulevar Saint-Germain.

— ¿El palacio no es todo del conde?

— Sólo la mitad; la otra mitad era de la madre del Sr. de Lorgerac.

— Por esto viven juntos en él.

— El palacio es bastante grande para que el conde no oiga el ruido de los hijos de su sobrino.

— ¿Está casado el Sr. de Lorgerac?

— Enviudó hace poco tiempo; su esposa murió al dar a luz una niña.

— ¿Tiene más hijos?

— Sí, otro, que ahora tendrá cinco o seis años.

— He aquí una familia que va a perder una bonita fortuna.

— ¡Y lo que esto le escocerá al Sr. de Lorgerac!

— Sin embargo, dijo Delorme estremeciéndose, la amistad que había entre él y su primo... Ya has visto

cómo el teniente le confiaba a su mujer, cómo contaba con él.

—El señorito Rolando, que tenía un corazón de oro, creía que todo el mundo era como él, contestó el cabo Honorat, moviendo la cabeza. En bien de su viuda y de su hijo, lo único que deseo es que no se haya engañado.

—¿Y si se hubiese engañado?

Cesáreo Honorat hizo un gesto intraducible, pero en seguida añadió:

—Después de todo, lo que es, es y él no puede impedir que su primo se haya casado ni que venga al mundo ese niño; de manera que de buen o mal grado habrá de conformarse.

—Evidentemente, dijo Delorme... ¿Y si fuéramos a acostarnos? Es ya tarde.

Un momento después estaban acostados en sus camas de campaña y el cabo dormía profundamente. En cambio, Delorme tenía abiertos los ojos, que brillaban de un modo extraño. ¿En qué pensaba aquel hombre que, a cada latido de su corazón, sentía sobre su pecho el roce de aquella hoja arrancada del registro de la iglesia y de aquella carta robada al teniente Aspremont durante su agonía? ¡Ah, aquella carta! Delorme la había leído una sola vez pero se la sabía de memoria, desde la cruz hasta la fecha. La fecha tenía también una importancia capital porque demostraba que la carta había sido recibida muy recientemente. La carta procedía de Francisco de Lorgetrac y era la respuesta a la primera, a la única confidencia de Rolando; después de ella no había escrito otra; habría sido materialmente imposible. Y era evidentemente la única en que hablara del matrimonio que su primo acababa de contraer y constituía, por ende, la sola prueba demostrativa de que Lorgetrac había tenido noticia, por el mismo Rolando, de lo que ahora nadie podía confirmar... Nadie, salvo un testigo tan sospechoso tan insignificante, que su testimonio resultaba irrisorio.

Y Delorme veía brillar, en la noche, las palabras de aquella carta. Sobre todo aquel párrafo:

«Tu matrimonio es tan novelesco, que necesita la asistencia y la firma de un caballero francés como de Albigny para tener la autenticidad de que carecería, te lo confieso, sin esta circunstancia. Porque tu otro testigo, tu mexicano, tu Gutiérrez, el marido de la nodriza..., me hace el efecto de un testigo de opereta. A bien que todo es de opereta en esa «boda de las linternas» cuya música, como quizás recordará, ha escrito Offenbach y del cual me guardaré de decir una palabra a tu padre, dejándote a ti el cuidado (no me atrevo a decir «la satisfacción») de notificarle lo que él tendrá el derecho, confíeselo, de llamar una nueva, formidable é irreparable excentricidad.»

Y Victorino Delorme añadía febrilmente:

—¿De ese matrimonio, qué queda? Nada..., nada más que lo que tengo sobre mi pecho. No es el testimonio único de un criado lo que puede suplir la desaparición del cura, del testigo francés, del esposo y del acta matrimonial. Y en este caso, tal como ahora conozco a ese Lorgetrac y tal como le adivinaba por su carta ¿qué sucederá si le hago saber que la hija de Casteras no tiene nada para justificar lo que va a pretender, nada, ni siquiera la carta de Lorgetrac contestando á la de su primo?.. Pues bien, o soy el último de los imbéciles o este dato influirá en el recibimiento que dispensará a su prima que llega de México para quitarle cinco o seis millones... De fijo que él preferirá conservarlos..., y los conservará... Se me figura que entonces será interesante seguir el asunto éste.

Y mientras daba vueltas en la cama para conciliar un poco el sueño, decía:

—No estaría mal que al intentar devolver a la viuda y al hijo de Aspremont algo del daño que éste me ha hecho, hubiese yo tropezado con la fortuna..., ¡y qué fortuna!

En el entretanto, en la hacienda de San José, en el cuarto de Manuela, una fiebre de desesperación y de angustia tenía despierta a la joven que se revolvió en aquel lecho de dolor en donde Concha procuraba en vano hacerle cobrar un poco de reposo, un poco de fuerza para el día siguiente.

D. Pablo había hecho decir por Miguel a su hija que a primera hora de la mañana comparecería ante él; y la desdichada veía agrandarse al lado de sus dolores de viuda, de sus ansiedades de madre aquel nuevo espanto de un oprobio inmerecido. Todo lo que Miguel le había afirmado era preciso creerlo; el infortunio se había cebado en ella, un infortunio tan cruelmente inverosímil que aparecía como imposible y falaz. ¿A quién persuadir de la realidad de un matrimonio cuyo celebrante no existía y cuya misma

acta había desaparecido por un azar por un accidente que le hacía preguntarse si estaría loca? Un matrimonio del que sólo quedaba un testigo..., ¡y qué testigo!, el pobre Juan a quien D. Pablo no dejaría siquiera abrir la boca.

—¡Sí, sí!, decía temblorosa y anegada en llanto la vieja Concha. Juan hablará y aunque el amo le maltrate, no le impedirá jurar por la salvación de su alma. Por ti, niña ¿no sería capaz de sostener las peores mentiras? Pues figúrate si para afirmar la verdad...

—Pero no lo creerán. Tú misma dices que si yo se lo pidiese mentiría sin vacilar.

—Esto sólo te lo digo a ti.

—Pero aquí todos están seguros de ello; todos saben que los dos me queréis mucho.

—Hasta dar por ti la vida.

—Y me ofrecéis, pobres viejos, vuestra tranquilidad, el pan que tenéis seguro mientras viváis... Y todo inútilmente porque antes de que Juan acabe de hablar, mi padre lo habrá arrojado a latigazos, y a ti también. ¿Y qué haréis después?

—No te atormentes por esto; nos ganaremos la vida.

—¿En un país asolado como éste? ¡Pobre criatura! No, esto no será.

—Y sin embargo, es menester que Juan hable...

—Se lo prohibo; y a ti también.

Y cogiendo febrilmente las manos de la pobre mujer que quería sacrificarse, añadió:

—¿No comprendes que os perderíais sin salvarme; que nada podéis hacer por mí en este momento, ni siquiera convencer a Miguel de esa verdad que él cree una mentira?

—¡Él también!

—Sí, él, mi padre, todos creen que miento y que os hago mentir y me tendrán por la mujer no sólo más despreciable sino también más osada y más impúdica.

—¿De modo que no quieres servirte de Juan ni de mí?, preguntó Concha anegada en llanto.

—No.

—Sin embargo, él habría hablado al amo contándole todo. ¡Te queremos tanto, niña!

—Ya me lo probaréis de otro modo y mejor.

—¿Cómo, cuándo?

—Cuando realmente necesite el testimonio de Juan; cuando vuelva con la prueba de mi matrimonio, prueba que mi padre no podrá poner en duda y que iré a buscar allí donde mi pobre y amado Rolando me envía. Aquel día, añadió con voz más firme, es preciso que os encuentre aquí; pero antes, ni Juan ni tú sabéis nada, no habéis visto ni sospechado nada.

—Y mientras tanto tú...

—Me pongo en manos de Dios y obedezco a Rolando.

Y si el sueño no entró en aquel lujoso cuarto que después de haber presenciado tantas dichas misteriosas sólo encerraba ahora angustias y lágrimas, a lo menos la infeliz Manuela y su nodriza no cruzaron ya ni un lamento, ni una palabra. Con esa exaltación de piedad que en las jóvenes de sangre española se alía tan naturalmente con los arranques de cariño y de dolor, Manuela ahora rezaba por aquel que iba a llevarse a la tumba todo lo que para ella había sido dicha y amor.

IV. — PADRE E HIJA

Aquella mañana, D. Pablo Casteras trabajaba, desde hacía muchas horas, en la inmensa sala de la planta baja, en donde todos los días comenzaba su jornada viendo partir a sus hombres que iban a la faena. Sobre la mesa, en la que ardía aún la lámpara, veíanse muchos papeles esparcidos y en el que tenía delante, multitud de cifras trazadas con mano nerviosa; eran cuentas laboriosamente calculadas y cuyos últimos totales estaban escritos con tinta húmeda todavía.

En aquel momento alzó los ojos, miró a su alrededor con aire de asombro, como si la luz del día le produjese una sensación inesperada, y al fijarse en el reloj de pared murmuró, lanzando un hondo suspiro:

—¡Ya!

Pero inmediatamente, frunciendo el ceño con la dureza, con la inflexibilidad del que ha tomado una resolución terrible, exclamó:

—¡Es hora!

Llamó a una criada y le preguntó:

—¿Están todos ahí?

—Sí señor, esperan.

—Pues que no se vaya nadie, díselo; y luego avisa a D. Miguel que deseo conferenciar con él unos momentos.

Y añadió con voz más dura:

—Y avisa también a mi hija que tengo que hablarle.

Cuando la criada hubo salido, D. Pablo repasó las cuentas como para asegurarse de que no había la menor equivocación.

Casi en seguida entró Miguel Arribio.

—¿Has mandado llamarme?

—Sí y pronto sabrás para qué. Siéntate y espera; delante de otra persona te diré lo que he de decirte. Y mientras el joven, emocionado por aquella misteriosa solemnidad, se sentaba donde le indicara don Pablo, éste prosiguió:

—No esperarás mucho. La que ha de presenciar nuestra entrevista es Manuela..., y ya está aquí.

En efecto, llamaban a la puerta de la sala, que desde la llegada de Miguel había tomado el aspecto de una especie de tribunal.

—¡Adelante!, dijo D. Pablo con dureza.

¡Ah! Cuando vio aparecer aquella criatura de dolor, aquella mujer pálida cuyos ojos hinchados y amaratados denunciaban una noche de insomnio y de lágrimas y que avanzaba temblorosa, tuvo un estremecimiento de piedad, que en seguida reprimió. Y su rostro había recobrado su rigidez marmórea cuando dijo:

—A ruegos de Miguel consiento en oír tus explicaciones, y no digo «tus excusas», porque nada excusará tu conducta a mis ojos.

—Le doy gracias de todo corazón por haber intercedido en mi favor, baluceó Manuela.

—Miguel no necesita tu agradecimiento, interrumpióle su padre con voz inflexible; lo que le interesa no eres tú y lo que le inquieta no es el porvenir de la que por sí misma se ha puesto fuera de la familia, fuera del honor.

—¡Padre!

—No te permito hablar todavía, exclamó con ademán violento.

Y con calma más temible que la cólera prosiguió:

—Miguel se preocupa con nuestro nombre, hasta el presente honrado y sin tacha; por esto hace alguna diferencia entre la culpable que hubiese intentado dar a su falta una especie de legalidad y la desdichada que se hubiese puesto fuera de la sociedad al mismo tiempo que se rebelaba contra la autoridad paterna. Y aunque, a mis ojos, esta distinción no atenúa la vergüenza ni el resentimiento que llenan mi corazón, por consideración á él estoy dispuesto a escucharte. Y ahora contesta ¿qué tienes que decir no para justificarte, sino para defenderte?

—Para defenderme, nada, murmuró con acento apagado la que se sentía ya condenada por aquel juez implacable. No tengo derecho más que a tu rigor. Pero, exclamó en un arranque irresistible; no soy yo sola, pues pronto habrá una pobre criatura inocente que tendrá derecho a tu justicia.

—¿Y qué tienes que decir en pro de esa criatura?

—Que podrá ir por todas partes con la frente muy alta, porque es hijo legítimo de Rolando de Aspremont... Sí, padre, te lo juro y la misericordia de Dios me permitirá pronto probártelo.

—¡Palabras!, dijo con dureza D. Pablo. ¿Dónde pretendes haberte casado con ese francés?

—En la iglesia de Río Frío; el padre Padilla nos casó.

—Padilla ha muerto.

—Lo sé.

—Y en su registro no se menciona tal matrimonio.

—Lo sé también, y esto me hace dudar hasta de la luz del sol, porque por lo más sagrado, por mi hijo, por la memoria de mi madre...

—¡Calla! No mezcles en esas vergüenzas a la que tuvo la dicha de morir sin conocerlas... ¿Y quiénes fueron testigos de ese matrimonio?

—Un oficial francés, el Sr. de Albigny.

—Sí, otro desaparecido..., ¿y quién más?

Manuela sostuvo una lucha muda consigo misma, pero luego doblando la cabeza respondió:

—No puedo recordar el nombre del otro.

—¡De veras! Confiesa que esta falta de memoria te perjudica mucho, dijo D. Pablo irónicamente.

—Pero te diré ese nombre, cuando vuelva con la prueba irrefutable de la verdad que afirmo.

—¿Cuándo vuelvas..., de dónde?

—De Francia. Allí, en la familia de Aspremont, de mi pobre muerto, del huérfano que pronto va a nacer, existe la prueba que envié mi amado Rolando. De allí la traeré y aquel día mi otro testigo no será sospechoso y tú no dudarás de su sinceridad cuando confirme...

D. Pablo miró a su hija con oíerta piedad.

—¿Es esto todo lo que tenías que decirme?

—Por hoy, sí, padre.

(Se continuará.)

BARCELONA.—ASAMBLEA DE LA UNIÓN DE VITICULTORES. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Excepcional importancia ha revestido la Asamblea de la Unión de Vinateros celebrada recientemente en esta ciudad, no sólo por los interesantes temas que en ella se han tratado, sino también y muy principalmente por el número extraordinario de los asambleístas que a ella han concurrido y por las representaciones que éstos ostentaban.

De Cataluña acudieron, además de las numerosas delegaciones de la Unión de Vinateros, representantes de todas las entidades agrícolas, de las principales sociedades de carácter económico, de ayuntamientos, diputaciones provinciales, senadores y diputados a Cortes; del resto de España, varias federaciones y sindicatos, entre ellos la Asociación de Viticultores de Lumbier (Navarra), y del extranjero, los Sres. Brunetón, Deham, de Forton, Roche Aguasol, Blayard, Doumberg, Pons, Bernhard, Cathala, Rouhard, doctor Senty, Rayssac, Vallarino, Carcassone, Teyxeire, Gervais, Ferroul y otros, que representaban a la *Confédération des Vignerons du Sud-Est*, a la *Confédération des Vignerons du Midi*, a la *Confédération generale des Vignerons* y a los Sindicatos de Montpellier, Beziers, Narbona, Carcasona y Perpignan.

Además se recibieron numerosas adhesiones de España y del extranjero.

La sesión inaugural celebróse el 17 de este mes por la mañana en el «Palau de la Música Catalana,» que estaba enteramente lleno. El presidente de la Unión, Sr. Puig de la Bellacasa, dirigió una afectuo-

sa salutación a los asambleístas nacionales y extranjeros y en nombre de éstos el Sr. Gervais pronunció elocuentes frases de gratitud. Acto seguido, el secre-

cación de la ley de Sindicatos agrícolas, de la confección del catastro por las diputaciones provinciales y de la aprobación de la proposición de ley del Banco Agrario.

Después de un notable discurso del individuo del Consejo de la Unión, D. Pablo M.^a Barnadas, en defensa de las conclusiones que iban a discutirse, comenzó la discusión de éstas, en la que tomaron parte los Sres. Calsina, Parellada, Raventós, Maspons y Anglasell, Llor, marqués de Camps y Puig de la Bellacasa. Las conclusiones, que fueron aprobadas, establecen: la conformidad con la parte substantiva de la legislación vigente en cuanto define lo que es vino natural, artificial y adulterado, lo que es lícito, prohibido y castigado; la conveniencia de modificar el procedimiento actual para perseguir y castigar la falsificación y adulteración del vino, poniéndolo en manos de un organismo especial que realice la acción es-

tablecida por la ley con el acierto, rapidez y eficacia necesarios; la necesidad de establecer en España la declaración de cosecha y las guías de circulación de los vinos y alcoholes; y la conveniencia de conseguir a favor de los viticultores el derecho de destilar la cosecha bajo determinadas condiciones.

En la segunda sesión, en la que usaron de la palabra los Sres. Puig de la Bellacasa y Arrasate, aprobaronse los siguientes acuerdos: restablecimiento riguroso de la ley de Sindicatos agrícolas; aprobación de la proposición de ley del Banco Agrario;



Llegada de un tren de congresistas al Apeadero del Paseo de Gracia

tario de la Unión, Sr. Fluviá, dió lectura a la memoria de los trabajos por la Unión realizados, explicando los de organización y propaganda que se han efectuado desde que, hace poco más de un año, se concibió la idea de constituir la Unión y que han dado por resultado la creación de más de 300 delegaciones locales; dando cuenta de la beneficiosa campaña emprendida contra los sofisticadores del vino, campaña que lo mismo ha alcanzado al gran comerciante que al tabernero; y exponiendo la acción constante de la Unión en pro de la recta apli-

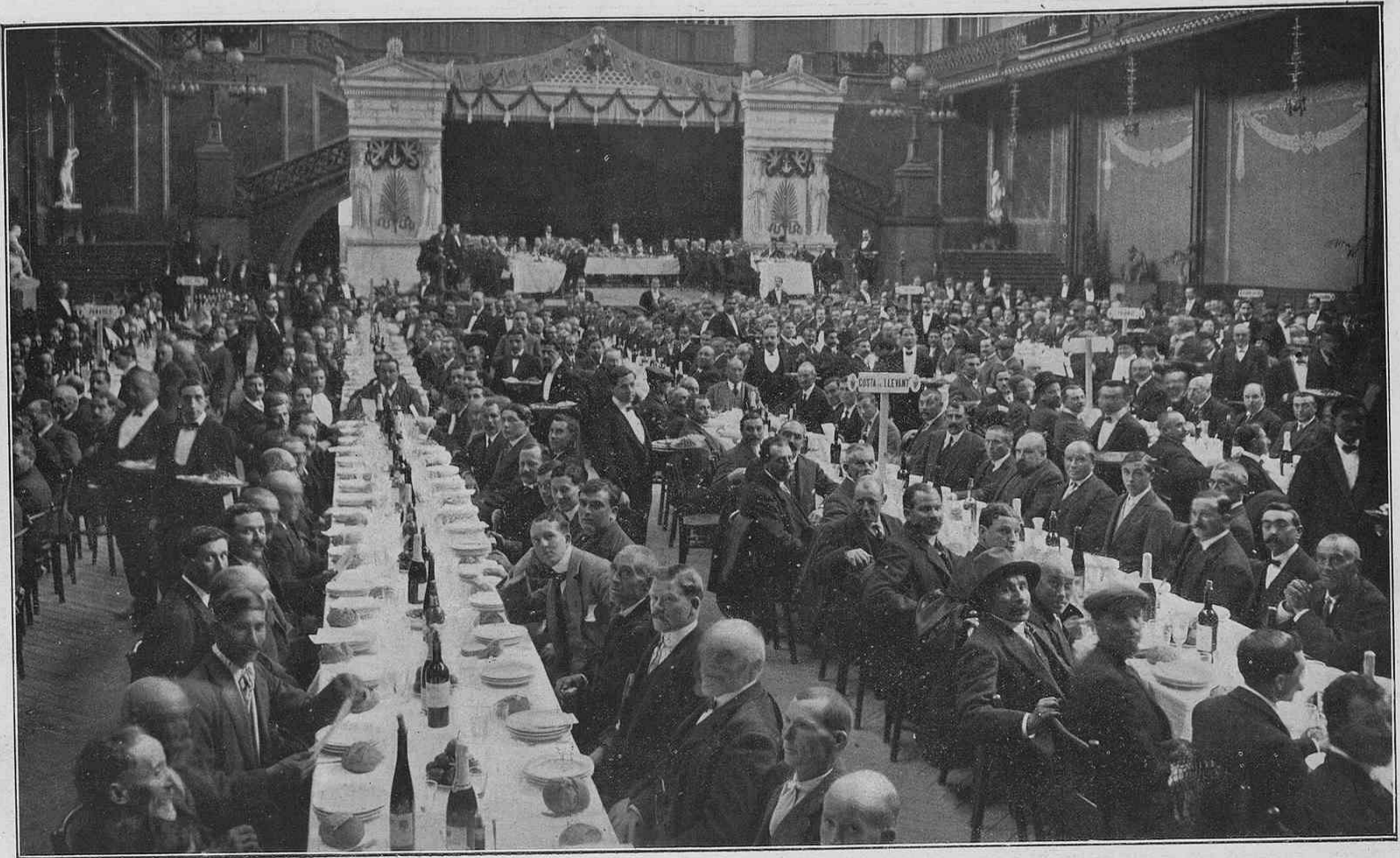


Solemne sesión inaugural efectuada en el «Palau de la Música Catalana»

confección del catastro por la Diputación general catalana; unificación de pesos y medidas; y gestio-

las principales corporaciones barcelonesas, senadores, diputados y otras personalidades distinguidas.

votados por la asamblea, levantóse la sesión en medio del mayor entusiasmo.



Barcelona. Asamblea de la Unión de Viticultores.—Banquete de 800 cubiertos celebrado en el Palacio de Bellas Artes

nar de las compañías ferroviarias la unificación de las tarifas de transportes.

Al día siguiente efectuóse la sesión de clausura, a la que asistieron, ocupando la mesa presidencial, el alcalde, el gobernador civil, el presidente y el fiscal de la Audiencia y representantes del obispo, de la Diputación provincial y de la Cámara de Comercio, y en otros sitios de preferencia representaciones de

Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. marqués de Camps, de Puig, como presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, Miró, Ferroul, Mir, Giné, Jansana, Abadal, Carcassone, alcalde, gobernador civil y Puig de la Bellacasa. Todos fueron aplaudidísimos, y después de acordarse el envío de un telegrama al presidente del Consejo de Ministros interesándole la realización de los acuerdos

Por la tarde celebróse en el Palacio de Bellas Artes un banquete de 800 cubiertos, en el que pronunciaron entusiastas brindis los Sres. Puig de la Bellacasa, Sostres, Mir, Miquel y Cussó, Soler y March, Zulueta, Ferroul, Miró, Grué, Vallarino, Pons y Rubio, Ballester y Parellada. Al final, el orfeón «Catalunya nova» cantó el *Himne a la Vinya*, letra de Guimerá música del maestro Morera.—P.



ZEISS
GEMELOS
 PARA VIAJE,
 DEPORTE Y CAZA
 PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
 De venta en todos los Establecimientos
 de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
 Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
 Londres - París - San Petersburgo - Viena.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadrado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
 POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

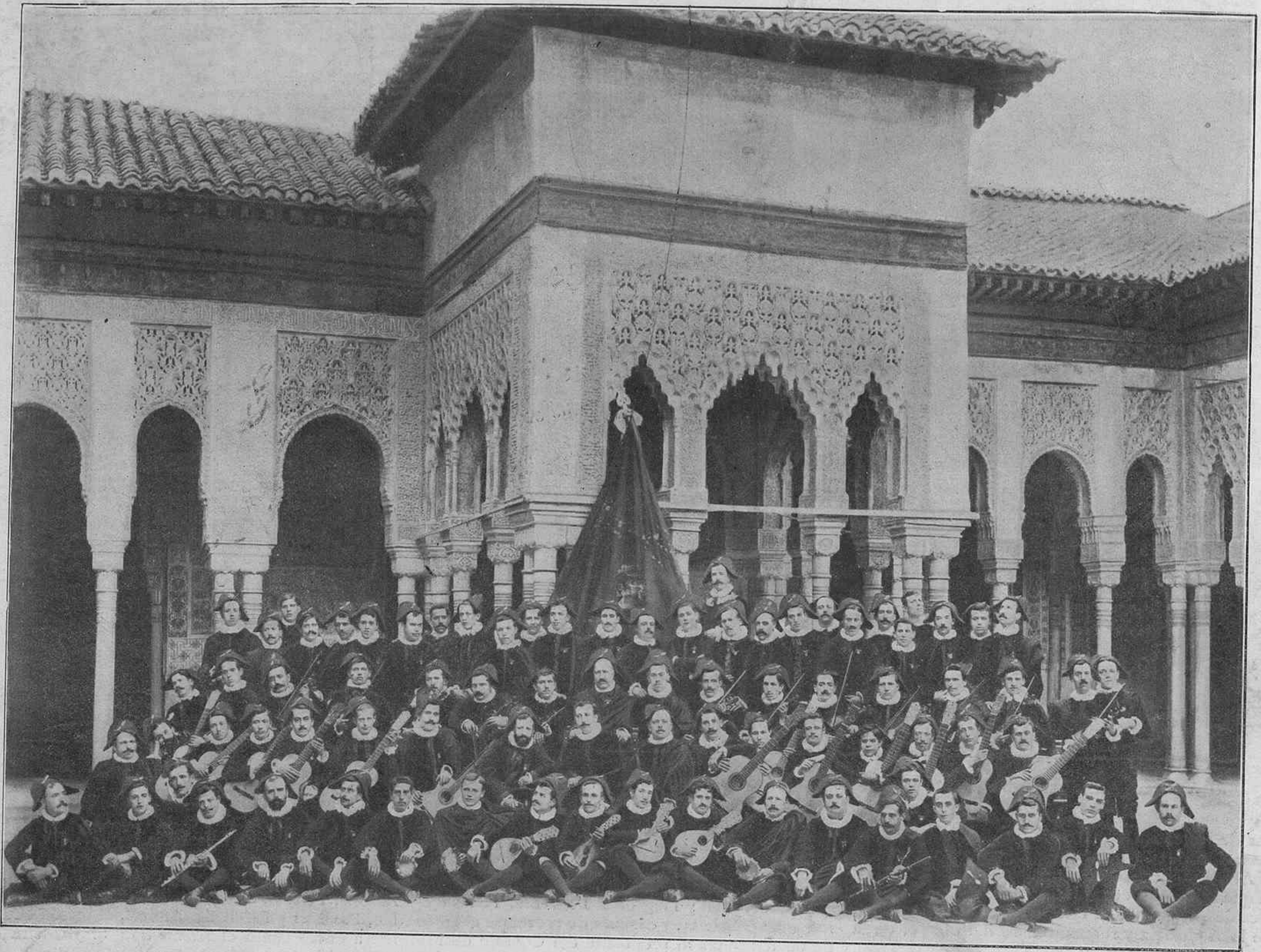
DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.
 Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.**

BARCELONA.—LA REAL SOCIEDAD FILARMÓNICA CORDOBESA



La estudiantina Real Sociedad Filarmónica Cordobesa, que recientemente ha visitado nuestra ciudad y ha dado con gran éxito dos conciertos en el «Palau de la Música Catalana» y otro en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía.)

Nuestra ciudad se ha visto recientemente honrada con la visita de la entidad musical «Real Sociedad Filarmónica Cordobesa». Componen esta agrupación unos ochenta individuos, que forman un coro y una orquesta de violines, violoncelos, flautas, oboes, clarinetes, guitarras y bandurrias, resultando de todo ello un conjunto perfectamente homogéneo y bajo todos conceptos notable, que dirige con singular maestría D. José Molinas.

La estudiantina, que bien puede llamarse así aquella entidad, puesto que todos sus miembros visten el tradicional traje estudiantil, llegó el día 15 de este mes, habiendo sido recibida en la estación por el alcalde Sr. Sostres, varios señores concejales, en representación del Ayuntamiento, delegaciones de los coros de Clavé con sus estandartes, la banda municipal y un numeroso público, en el que preponderaban los compatriotas de los orfeonistas residentes en Barcelona.

Al divisarse el tren, la banda municipal tocó un airoso paso doble y resonaron al mismo tiempo nutridos aplausos y atronadores vivas a Córdoba, a Andalucía, a Barcelona, a Cataluña y a España.

Después de cambiados los saludos de rúbrica formóse la comitiva, que se dirigió a la Plaza de San Jaime, ocupada por una multitud enorme.

Subieron los orfeonistas a la Casa de la Ciudad y reunidos en el Salón de Ciento, el alcal-

de pronunció un elocuente discurso dando la bienvenida a los expedicionarios en nombre de Barcelona y ofreciéndose a ellos incondicionalmente.

El Sr. Pineda, presidente de la Sociedad, contestó agradeciendo en sentidas frases la salutación del alcalde y el cariñoso recibimiento que los barceloneses les han dispensado.

Ambos discursos fueron acogidos con grandes aplausos, repitiéndose al final de los mismos los vivas a Cataluña y a Andalucía.

Después los orfeonistas bajaron a la plaza, en donde cantaron una bellísima canción andaluza, que les valió una ovación estruendosa, y luego se dirigieron al monumento de Clavé, en donde depositaron una preciosa corona dedicada al popular compositor catalán.

La Real Sociedad Filarmónica Cordobesa ha dado durante su estancia en esta ciudad tres conciertos notables, dos en el Palau de la Música Catalana y uno en el Palacio de Bellas Artes, habiendo ejecutado en ellos composiciones de Suppé, Delibes, Adam, Rucker, Ponchielli, Bretón, Clavé, Vives, Lucena y otros maestros, que fueron premiadas con grandes aplausos y muchas de las cuales hubieron de ser repetidas.

Barcelona conservará un gratísimo recuerdo de la visita de la Real Sociedad Filarmónica Cordobesa, la cual habrá quedado sin duda muy complacida de los agasajos de que ha sido objeto durante su permanencia en esta capital.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

LEITZ

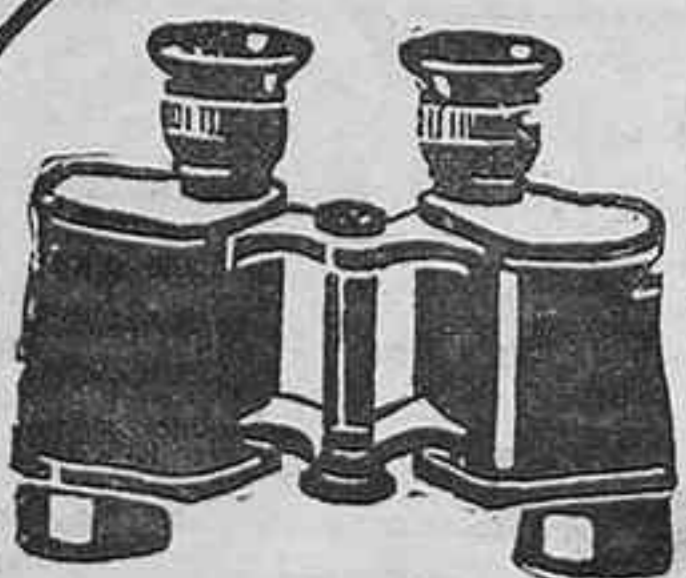
GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)



HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros que existen en los museos de Europa.

A 50 céntimos el cuaderno de 32 páginas

Montaner y Simón.—Barcelona

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN